

Recuerdos de un
viaje por el Nor-
deste de Antioquia

1867

1.1
Apuntes. Sobre un viaje por
el Nordeste del Estado de Antioquia
en 1867.

Número 1. Salida de Medellín. Besme-
jal. Hatoviejo. Niquia. Cuesta de Medina. El Alto de
San Pedro. Santa Bárbara. Rischico. El Tírol. Entre-
rios.

Al dejar a Medellín, Capital
del Estado de Antioquia, se toma rumbo
al Norte y se atraviesa una carretera de
seis a ocho cuadrados de longitud. ¡ Cosa
rara!; en nuestra tierra, los peores caminos
están siempre cerca de los grandes cen-
tros de población, lo que se explica, por
que siendo en esos puntos un poco ma-
yor el tráfico y teniendo la costumbre de
no componerlos, la concurrencia de bestias
y de hombres amasa y bate la tierra y
forma lodazales espantosos. Sin embargo, fe-
licia sea hecho, hoy se abren los desa-
gües laterales, se pica el centro y se arro-
jan algunas cargas de cascote sobre la ru-
ta.

Al abandonar esta carretera se pasa
el arroyo del Ahorcado, cuyo nombre
tiene singular derivación. En tiempos del
Rey, no sabemos en qué año, se perseguía
activamente a un rey, presunto de no sa-
mos qué delito. Don Alcalde de la Santa
Hermandad dio con él y lo capturó pre-

Los lados de Copacabana. Parece que con-
duciendo a Medelina, o a la Villa, como
se decía entonces, se enfadó con la comi-
sión, así al pobre hombre y sin trami-
taciones dilatorias le colgó por el presen-
te, e hizo justicia a nombre del Sobra-
no, y continuó luego a dar cuenta de
lo actuado. La operación se encontró bien
hecha por las autoridades de la época,
se ordenó seguir juicio al muerto con
forme a derecho y la cosa paró en eso y
el arroyo conserva y conserva su nombre.

Siguiendo la misma dirección,
se deja sobre el flanco derecho, el cemen-
terio de los ricos; porque parece que en
asuntos de muerte también hay sus dis-
tinciones y su aristocracia. Sobre la fachada
de esta humilde Necrópolis, hay dos
versos que sabemos de memoria, pero
que no citamos por consideraciones de
patriotismo. No nos gustan los Panteones
de corral, como los que generalmente se
estilan en Colombia; nos parecen mejores en
campo abierto y grande, adornados con ár-
boles, arbustos y flores, como los que se gustan
de preferencia en los Estados Unidos de Amé-
rica: así son menos lugubres y menos
siniestros.

Avanzamos, y antes de llegar a los
Bermujales, se lee sobre una pesteruelita la si-
guiente inscripción: "Fábrica de chocolate de San
José de la Cuadra" Esta industria rudimen-

tal ha sido recientemente introducida en Antioquia y creemos que con bastante buen resultado. Nos agradan mucho las industrias nacientes sobre todo en los pueblos nuevos como el nuestro, porque con ellas se da creacion a las grandes. Pretendamos comenzar por estas ultimas, es guisar edificios principiando por la techumbre. Allá iremos por algunos Dias mediante -

Hasta el punto de Hatoriego se sigue la ribera derecha del rio de Medellin. En este pedazo de via el terreno es sumamente estéril; de color rojo en su mayor parte con escasa vegetación y de aspecto pauperrimo; sin embargo, junto a las casitas se cultivan sembraduras de maiz, algunas matas de plátanos, guacales y árboles de frutas. Las guarnas, las naranjas, los mangos y las piñas merecen bien la ponderación que de ellas se hace. Entre la rara vegetación que cubre el suelo se encuentran algunos arbolitos de noro, excelente madera para carbon, que proporciona el recurso mesquino tráfico con los herreros de la Ciudad, a unos pocos de los desprovistos habitantes de ese campo. El resto de arbustos que cubre la campiña es talado por familias enteras de leñadores, que llevan diariamente a Medellin haces enormes de combustibles sobre la cabeza, más grandes algunas veces que el mismo conductor, y que se venden a buenos precios por el agotamiento creciente del artículo -

En cont.

201)

Lugar las dos cordilleras que encierran el valle de Medellín, se estrechan bastante para formar una especie de anillo, de suerte que no quedan cerca del río sino espacios muy reducidos que contienen unas pocas vegas, férciles y bonitas, es cierto, pero que por su pequenez podríamos llamar *veguitas* de mala muerte.

No obstante, "no hay mal que por bien no venga", y esa misma esterilidad del circuito hará acaso en lo venidero su prosperidad, porque á esa circunstancia desfavorable al presente, se debe en gran parte el hacinamiento en depósitos opulentos de un riquísimo mineral de hierro. El mineral se encuentra en estado de óxido hidratado, y es por la segregación de ese óxido, en partículas muy pequeñas por lo que la tierra se ha tornado en todo su extensión, *rubi-cunda*: por eso el punto se llama "Bermejales".

A cuatro millas de camino de aquí, quien quiera venir á San Pedro, la orilla derecha del río y toma siempre al Norte, la ribera izquierda hasta llegar á *Hatoriego* pueblecito muy antiguo. La senda no cambia de aspecto en este trayecto, sino por ser un poco más verde, cultivada y riuada.

Junto á *Hatoriego*, al Norte, corre el riachuelo llamado *García*, que á po-

cas cuadradas del pueblo de Sonoma sus aguas
en las del río Madroñ. Esta corriente tiene su
origen encima de la cordillera, en la meseta
de Obispo; pero no es una sola la que surte
refresca y fecundina. Los campos de Kato-
vigo: existen también la Madroña y Niguán,
de menos significación que la primera.

El cultivo sobre el que descansa
Hatoñigo, sin ser muy extenso, no es excesiva-
mente reducido. Todavía tiene algunos miles
de hectáreas de terreno; y tanto por eso, como
por ser muy fértil en la parte baja, y de me-
diana fertilidad en la parte superior, podrá
valer hoy, tomado en globo, cerca de un mi-
llón de pesos. Ese pedazo de terreno, aun por
después de la conquista, fue vendido por
el Rey de España a uno de sus humildes
siervos, por diez y siete castellanos de oro en
pechos: oro de muy buena ley, era sí -

Antes de abandonar este pe-
blecito digamos de él, que el café que se
produce en sus huertos, es el más aroma-
do y más delicioso del Estado de An-
tiagua; que sus frutas son exquisitas,
sus habitantes pobres, que tiene como mil
cuatrocientas almas; que su temperatura
es de 21.º centígrados; que su altura sobre
el nivel del mar será aproximativa-
mente de 1355 metros y que su clima
es uno de los más saludables de Colom-
bia.

Después de atravesar el llano de Ma-

quién se llega al raudal de este nombre
y en la base de la cordillera en el punto que
cruza en que comienza el ascenso de la cues-
ta de San Pedro, para llegar a su parte cul-
minante o' alto de Medina-

Es muy buen baño el que se
toma en las cómodas escavaciones de ser-
pentina, que por una sucesión no interrum-
pida sirven de lecho á un claro y delicioso
torrente. Después de un baño, un almuerzo de
camino á la orilla del agua, almuerzo á
tapa abierta, al aire libre, debajo del follaje
de los árboles, da una provisión inagotable
de fuerza para emprender ese trabajo de es-
calada, tan común en nuestras cordilleras.

No gustamos - en viaje - de esos comidos en
ventas y paradas, comidas subterráneas o' por
socavón, para hablar el lenguaje del país,
puerto que andamos por tierra de minucias

La Cuesta de San Pedro tiene
un camino refecionado y muy andable:
se para fácilmente por ahora. En los barran-
cos de uno y otro lado de la senda se ven
cortados por el reciente trabajo de compo-
sición, numerosos filones de cuarzo compacto
y blanco, la mayor parte de ellos estériles, sin
que por en falte uno que otro que dé prin-
tas auríferas. Esos filoncillos llevan constan-
temente dirección de Oriente á Occidente, lo
que da asidero para pensar de manifiesto
una breve observación que muestra tener
su ligera importancia geológica. - La

cordillera del frente, que corresponde á
Guarne y Piedras Blancas, esta también cubre-
da por numerosos riuos escarifios, entre-
ramente análogos á los anteriores, tanto por
su estructura como por su dirección; y si
de eso se agrega que la base que sirve
de formación á las respectivos montañas,
y las rocas que encierran los hilos men-
cionadas son enteramente iguales, se tendrá cla-
ra demostración de que su espesimiento ó
elevación sobre el mar ha debido ser simultá-
neo.

Hacia la mitad de la Cuesta hay
un corte plano nivelado ó ensilladura en
donde el aire sopla recio y frecuentemen-
te, por la cual ese paraje se llama el Ven-
teadero.

Desde el alto de Medina, ó sea la
cumbre de la cordillera, se abarca completa-
mente con la vista todo el valle de Me-
delin, y mucho más: es este acaso uno
de los paisajes más bellos, más lucidos
y pintorescos del país. En los días des-
pejados el observador puede alcanzar, mi-
rando con el ojo desnudo hacia la parte
meridional, las sombras aruladas y me-
didas desvanecidas de la montaña de Villa-
lobos en el Estado del Cauca; interpuesta
se divisa una gran pirámide que cons-
tituye la montaña de Cerrotrabo, ó cuya fal-
da se resbala el pueblo de Fredonia; desgan-
do un poco hacia el Sudoeste, se parece

ben sobresalientes los picos colorados de
los farallones del Chocó; mirando de
nuevo sobre la izquierda, las cordille-
ras de Abjerroal y Sorzón, y si se vi-
sionase un poco más el panorama, se
tiene en la parte alta del río, el lindo
y reducido vallecito de Caldas, el declive
de la Estrella y la rinconada verde y
espléndida de Enigado. Un poco en el cen-
tro, cubiertas á medias, por las arboledas
de sus farsinas, está Medellín, blanca y
brillante al lado de las curvas serpentinadas
de su río. Itagüí, Belén, Amá, Hatoviejo y
un poco sobre la siniestra, Copacabana, se
destacan sobre el césped del valle, como
otros tantos puntos de luz, ricos de
magnificencia y de primos. La cordi-
llera de San Miguel al Sur; la de las Pal-
mas al Oriente; la del Manzanillo al
Ocaso, y al Norte la loma de Quitasol
y el alto de Medina, cierran con la pro-
longación de sus ejas, el grande óvalo
en que se encuentra como engastada
esta altiva y soberbia comarca.

En el alto de Medi-
na la temperatura baja considerable-
mente: el termómetro centígrado señala
la apenas 17° , el suelo se empobrece
de una manera lastimosa, y la vege-
tación de acuerdo con la falta de ca-
lor y con la penuria de la tierra vege-
tal, se rebaja y reduce de modo sorpren-

dente. El agua de los arroyos es fresca,
fina y deliciosa para beber. El aire se
respira a pleno pulmón y espere sobre la
economía una especie de anestesia de-
liciosa. El organismo se alienta y la vida
cobra vigor sobre esas alturas.

Las plantas más co-
munes por allí son algunas especies de
las iridáceas, zumaque venenoso, mista-
ceas raras, gramíneas sin fugo, nume-
rosos individuos de las metastomáreas, de
hecho en hecho algunos robles corpu-
tos.

Un territorio tan desnudo y estéril de-
be ser necesariamente pobre en seres vi-
vientes; por manera que exceptuando unos
pocos venados, algunas mirlas negras, un
que otro pica-flor y papaveros de pluma
fe gris y poco brillante, se buscaría en
vano la vida activa de la organización
animal. Como este estado de cosas, con
raras excepciones que se harán notar
al pasar, se prolonga hasta la Boca del
monte un poco al nordeste de Santarro-
so, se dirá de una vez y por todas, que
la gran mayoría de estos campos tie-
ne impreso el tipo de la desolación,
del aislamiento y de la tristeza. En efecto,
si se nos permitiera una expresión algo
atrevida, diríamos que son estos parajes
los más hipocóndricos de la creación.

Pero como no hay cosa al

guna en el mundo, que no tenga com-
pensación, esta tierra tan mezquina
en producciones vegetales y animales, ha
sido y es eminentemente aurífero. Los
habitantes del Estado en general y los
de San Pedro en particular, opinan y sus-
tienen que las minas de oro corrido es-
tán casi completamente agotadas. Si
esto se aplicara a los aluviones bajos
y a los aventaderos, sería en gran
manera cierto; pero no parece muy
exacto en cuanto a las minas de vetas.
Por lo que toca a estas, podemos asegu-
rar, sin temor de equivocarnos, que no
han entrado aún en el primer período
de su florecimiento, y que su desarro-
llo ulterior se anuncia risueño. Lo que
sí juzgamos estar fuera de toda duda,
es que los recursos actuales para la ex-
plotación, no permiten vencer las nume-
rosas dificultades ofrecidas por la es-
tructura peculiar de los terrenos.

La nava en que des-
cansa San Pedro, desde el alto de Medi-
na, hasta el pie de la cordillera
de Santa Bárbara, y en grande extensión
a los flancos del camino, es una
serie no interrumpida de montañas,
colinas, collados u ateros de mayor ó
menor altura, separados por cañadas
que represen riacuelos y fuentes.
La costa superior del territorio es de

formación cretácea titirado por óxidos
de hierro en la mayor parte. El color de
esta primera capa varía sin embargo
con alguna frecuencia, siendo rojo puro,
ocre, rojo, azulado, amarillo, gris ó
francamente blanco; pero en todo caso pa-
rece evidente que era capa abigarrada
es el detrito resultante de la veja des-
composición de rocas feldespáticas. La
capa que sigue a esta primera capa,
y que constituye en algunos lugares el
carguero de las minas de aluvión, es
casi en su totalidad, cuarzo blanco gro-
sero, manchado de rojo, amarillo ó
azul, al cual los trabajadores llaman
piedra mulata. La roca que encierra
hijos de cuarzo aurífero es por lo ge-
neral el conocido esquisto cretáceo y
no la diorita, el granstein ó la ser-
pentina, como en otros lugares. En oca-
siones, y esto es muy común, el filón
se encuentra solo en la tierra, sin res-
paldo rocallero, lo que probablemente ha
dado ocasión a las repetidas fractu-
ras, distorsiones y desarreglos que ofre-
ce al explotador. Ultimamente, en el fon-
do de las bateas, al tiempo de separar
el oro de las arenas que lo acompañan,
quedan fragmentos de rocas, que por lo
general son óxidos cromatos y titana-
tos de hierro.

La disposición ondulada

de las colinas de esta mesa, puesta
en cierto modo, que los filones al
tiempo del levantamiento, han debido, ó
acomodarse con estas ondulaciones, ó fra-
turarse en ciertas partes. Así ha de-
bido acontecer porque las vetas en estos
sitios tienen la reputación de ser cor-
tas, pero constantes en su dirección,
y consumidoras. Por en los trabajos em-
prendidos hasta el presente no han
dado resultados ventajeros sino por
excepción -

Cerca del riachuelo llama-
do La Fulgarina, está colocada la cabe-
cera del distrito de San Pedro. Este lu-
gar, como muchos otros del Estado, no
debió su existencia á un motivo de-
liberado, sino más bien á la necesi-
dad que hubo de extraer el oro de
sus cerreanías. Los trabajos en el prin-
cipio daban opimos rendimientos, lo
que atrajo al sitio una porción de
buscadores de la buena fortuna; y
aunque en el día la explotación se
haya empobrecido, y esté lejos de pa-
rangonarse con el pasado, todavía no es
tan merquina que no permita la exis-
tencia de un pueblo pobre en verdad,
pero aseado y bonito como los son
en su mayor parte los de Antioquia
Jená San Pedro, en 1853,
cerca de cinco mil habitantes. ~~En~~ Su

altura sobre el nivel del mar es de 2435 m. y su temperatura media 16° centígrados. El clima es seco, rígido, tónico benéfico para la salud. Los habitantes son robustos, emprendedores y de buenas costumbres, en la general. El espíritu travieso y bullanguero de otros lugares antioqueños, es desconocido en este distrito.

Los elementos de prosperidad para lo futuro, si la industria minera llega a decaer definitivamente, son nulos o casi nulos para San Pedro. La falta de tierra vegetal no permite pensar en el desarrollo de la agricultura; aunque por una causa que no puede explicarse, sino atendiendo al espíritu laborioso de nuestros compatriotas, se ve que algunas personas han tenido la osadía de querer establecer dehesas para ganado mayor en esos calicheros áridos, desfogados y sin vitalidad. La verdad es, que el viajero recorre una grande extensión de Ferrerío sin ver ni cordones ni cabras, ni vacas ni novillos. Las costumbres de los habitantes de este distrito, en cuanto á menaje nos han hecho la impresión de su moderadas y primitivas en su carácter. Hay economía en la manera de vivir y orden, compostura y moderación en todo. Existe en casi todos los distritos de Antioquia, un grupo señalado y preciso de vices de mala vida y malos sin oficio, abonados diarios de los andenes, de los billares, de la gallera y de la mesa de monte, que forma por desgracia un cáncer social de difícil extirpación. Si á eso se agregara algunos magnates de dañina influencia, uno o dos más y acabado. Valga sin embargo la imparcialidad: San Pedro, á este respecto, ha sido uno de los pueblos más

70
favorecidos del Estado

Al norte de San Pedro, interpuesta entre este lugar y el Rio Chico, está la cordillera de Santa Bárbara, un poco rebajada de altura, si se atiende a las moles enormes que superaban en el país, pero que en otras partes del mundo sería notable por su elevación y por su longitud. En Santa Bárbara, los indicios de una mineralización aurífera son visibles: las rocas cambian un poco de aspecto y tanto sobre el camino, como a la vera de él y a distancia, se perciben muchos bloques redondeados de sienita granítica. El bosque es un poco más fértil, el humus más abundante y el aspecto general del paisaje menos triste, porque algunos arbustos de bella florescencia, árboles de espesa follaje y espléndidas orquídeas con ramilletes dorados, rojos, verdes y purpurinos, esmaltan, alegrian y vivifican la montaña.

Desde la cúspide del cerro de Santa Bárbara o Patibonito el ojo del viajero puede explorar, con solo una mirada, grande extensión de territorio. Sin hablar de la parte Sur, que se deja a la espalda, se tiene de frente el antiguo valle de los Osos, y en su centro, aquí, a gran distancia, la Ciudad de Santarrosa asentada en su gran trono de oro; pero decadente hoy y sin el cetro de opulencia que antes empuñaba con orgullo. Más cerada y sobre la cima de la cordillera vecina, que forma la verdadera izquierda del Rio Chico, se alcanza a distinguir, eruida y majestuosa, con pendiente y tranquila, una gran masa de piedra que por su forma de grande Esfinge, desperta recuerdos del Nilo, de las Pirámides, del Desierto, de los Faros y de los Tolomeos. Esa gran masa es el Peñol de Rio Chico, hermano gemelo de aquel otro promontorio de roca que domina al Oriente, sobre otro ramal de la Cordillera. Ambos parecen mirarse fi-

amente al hacer de la gran distancia que los separa, y por encima de las blancas y neblinosas de la boca del Perú que se presenta en medio.

Cuando se baja del alto de Santa Bárbara, por su falda del Norte, se desciende después de un trayecto de dos millas, á la parte inferior del Rio Chico. En la planicie ya, el campo cambia de aspecto, y la vista se consuela con la contemplación de un circuito más fértil y productivo. La capa de tierra vegetal es poderosa, relativamente hablando, y las plantas verdes y menos rígidas que en los alrededores de San Pedro. Los ganados abundantes también en proporción, sanos y lucidos, parecen en mayor cantidad en las dehesas de las faldas y en las del río; numerosas habitaciones, pajizas unas y cubiertas de tejas otras, dominan las alturas ó están en lo más fondo del valle; las sembranzas anuncian por su verde y su follaje más riguroso de espiga y más fecundidad. Los pastores y los mineros revelan actividad febril en un país menos contrario que sus vecinos á la remuneración del trabajo: más al hacer de era escasa y difícil agricultura, la minería levantó la cabeza como dueña y dominadora del campo.

El Rio Chico tiene sus nacimientos al Occidente en las cumbres del alto Páramo de Santa Inés entre Belmira y Quetaditas. Es rico desde sus nacimientos, y tanto en la parte alta como en la baja, sus riueros y aluviones han sido explotados con éxito. Los trabajadores de Belmirabradía y los depósitos inferiores dan, aun en la época presente, cuantiosa suma del metal apocático. En el río mismo se extrae el oro por zabu-
8
llideres, y en las playas hay minas de saca elabo-

80
radas a gran costo por medio de aparatos
complicados, pero que aún así son bellamente
productivas.

Rivichio arrastra en sus arenas
partículas menudas de gemas preciosas, como
rubies, granates, corindón y diamantes. Está he-
cho el análisis de las arenas o madres arras-
tradas por este río, y el resultado ha sido
idéntico al ejecutado con algunas arenas de
California. Acaso con el tiempo se descubran del
lado de la cordillera, hacia el occidente, algunos
depósitos de estas valiosas materias, que tanto
por su transporte actual, como por razones que
suministra la ciencia, creemos muy posibles y
naturales.

¡Qué lindos son los amarrabollos
que bordean el camino a lo largo de este dorado
río! Y no son sólo los amarrabollos los
que contribuyen a darle realce a la her-
mosura de este sitio: el caratero, el encenillo,
el chileco y otros variados árboles, arbustos y
plantas menores, traen su contingente de
lozanía para darle aspecto encantador.

La pendiente que se tiene luego es
tá cubierta, ^{por} ~~de~~ bosque de carácter primitivo, si
no de otro secundario, típico de las florestas
que han probado el filo cortante de la impla-
cable hacha del antioqueño.

Sobre la cresta de
esta montañuela encontramos ya, far a far, el
monolito colosal, el Tenol que antes diviramos.
Su elevación puede ascender a unos 35 o 40 me-
tros; está inclinado sobre su base, como la torre
ciblotre de Pisa; pero tanto por lo sólido de su
fundamento, como por tener en su circunferencia
vigorosos bastiones de la misma roca, se ense-
ra en pie, firme, recio, incontrastable, desafiando

Los años y los elementos

Este gran canto de sienita tiene cuatro caras, de las cuales las que miran al Norte y al Suroeste, son muchísimo más anchas que las dos restantes. La inclinación de que hemos hablado se verifica al Norte y es tan considerable, que alguien que lo mirara desde el camino lo creería próximo á rodar. Desde su extremidad superior hasta muy cerca del suelo, las aguas lluvias ayudadas por el aire y por el Sol, le han abierto canales multiplicados y paralelos semejantes á los hundimientos longitudinales que separan los cachos de un melón. Se conoce que el tiempo va metiendo poco á poco su diente destructor en esta roca; pero aún le queda oficio, porque la víctima tiene también su fuerza y su vigor. Esta primera jornada se terminó con nuestro arribo al pueblo de Entreríos, así llamado por su situación entre el Riochico al Sur y el Rio grande al Norte.

Ignoramos á qué época fija remonta la fecha de esta fundación; pero se nos ha informado que Entreríos debió su existencia á empresas más agrícolas que mineras, sin que las últimas hayan dejado de influir un poco en tal asunto. Si tratáramos de describir ese vallecito repetiríamos poco más ó menos lo que dicho tenemos de Riochico: pasaremos, pues, en silencio lo que á él atañe en pormenores.

El clima de Entreríos es de 17.º centígrados, su altura sobre el nivel del mar es de 2127 m, su aire saludable y su aspecto quieto, sereno y tranquilo. Al Occidente y al Oriente tiene algunas praderas y los pastos parecen frescos y nutritivos.

El reducido caserío de la pa-

roquia ó distrito como se dice ahora, es
está compuesto de un breve grupo de edifi-
cios cubiertos de tejas en su mayor parte;
de una humilde Iglesia, y de una plazue-
ra que tiene por único adorno un árbol
y ya moribundo guarango, dividida de los
bogotanos, cisalpina crispata de los botánicos.
En todo el lugarejo reina una calma, una
quietud, un silencio que harían honor á
la gran Cartuja.

Número 2:

Rio-grande - Cajas de Santarrosa - San-
tarrosa - Minas - San José - Guanacas - Carolina - En-
fermos -

A las cuatro de la mañana en pie
y á las cinco á caballo. El frío de la ma-
drugada en estas colinas es muy intenso y
desagradable.

Paramos el Rio-grande por regu-
lar puente construido en una grande es-
tructura formada por la aproximación de
las rocas, y llegamos á la altura que lo
domina cuando los primeros rayos del sol
comenzaban á iluminar el horizonte.

El Rio-grande tiene sus na-
cimientos en las alturas de la cordillera,
al Occidente de Santarrosa, que se conocen con
el nombre de Sierra-adentro. Al principio endi-
reza su curso un poco al Sureste; luego
sigue al Oriente y recibe un poco más arri-

ba del Distrito de Donmatías las aguas del Riochico. Ambos presentan en su curso alternativas de mansedumbre y de traburas, que en puntos llegan á ser vistosas, ya por su apacible bellura, ya por su rompimiento temerario y audaz contra las rocas.

Reunidos ya, forman caudal de agua de bastante consideración; avanzan siempre al Este, descienden la pendiente de la cordillera, reciben torrentes de cada lado, se engolfan en un espeso bosque, y se mezclan con las aguas del Force.

¡Qué hermoso es el amanecer en las alturas de Santarosa! Por ser la meseta tan elevada, y el horizonte tan extenso, el sol se muestra de repente como un globo encendido, y como si de un brinco saliera de la tierra: es un amanecer marítimo, pero en un mar de colinas. La aurora vista por encima de los tejados, desde el centro de las ciudades, es triste y despreciable; la aurora contemplada desde las alturas, al aire libre, en campos extensos y claros es la que ha debido engendrar las arrebatadoras imágenes de la mitología y los suaves y admirables cantos de los poetas.

Cuando el soplo vivificante de la civilización no ha echado aún sobre el cerebro del bárbaro la idea verdadera de un Dios, razón tiene en adorar al Sol, sobre todo si habita regiones de frío como la que ahora transitamos.

¡Para qué recalcar más sobre la descripción de los terrenos y de la vegetación que

rodaban a Santanosa? Son unos mismos por todas partes, con esta diferencia. Entre colina y colina hay una canchada, en la cual o los rebles son más potentes o los abusos más copados. La tierra en esos sitios bajos tiene aspiraciones a feracidad; pero como el abono que recibe de las eminencias es escaso en demasía, la ganancia viene a ser de muy débil consideración. Siempre el fitofito, los martineros, los carboneros, el romerillo y el rumaque!

No sabemos a punto fijo ni el día ni el mes, ni el año de la fundación de Santanosa: se sabe solamente que unos señores Jaramillos, Osadas, Lozas y Rodríguez, fueron los primeros pobladores; que muchos de ellos iban de Piñeira y Medellín hasta allá en tres, cuatro y cinco días, cabalgando en burros de silla y por pésimas veredas; que en sus principios las minas se trabajaban por cuadrillas de esclavos, y que eran riquísimas; que no tuvo gobierno propio, dependiendo siempre su administración de las providencias expedidas en la vieja ciudad de Antioquia; que enriqueció y se pobló con mucha rapididad; que a fines del pasado siglo había cambiado ya su Teniente de Gobernador por un régimen municipal privativo a ella misma, y que en idéntica época, servía como cuartel general y como centro, para auxilio y creación de las nuevas poblaciones que se crearon en el Norte y el Nordeste del Estado.

Esta ciudad está hoy en decadencia sin dejar sus aires de importancia. Su prostración no es tan extremada que deba renunciar a un buen porvenir, pues por el contrario, creemos que tiene

en sí elementos de vida propia y de prosperidad futura. Por ella debe pasar, o más bien, pasa el camino que de Tarumal conduce a Cáceres, en la parte navegable del Cauca. Si ese camino se atiende debidamente, Santarrosa se colocará en capacidad de regenerarse.

El estado de Antioquia tiene necesidad premiosa, no sólo de una, sino de varias vías de comunicación que lo pongan en contacto, o con el mar, o con un gran río navegable. Un camino establecido de Bolívar a Quibdó, redimiría los pueblos del Sudoeste; uno de Ultras al golfo de Urabá, y el Occidente quedaría manumitido; los caminos de Manizales, Salamina y Sonsón hasta el Magdalena, contribuirán al progreso del Sur y Sur-este; la ruta que conduce a Nare será de gran valía para los pueblos de Oriente; ya veremos las ventajas que de una buena vía de comunicación podría derivar el Nordeste; y en fin, el Norte del Estado deberá esperar lo todo de la navegación del Cauca a vapor, o de un fácil tránsito hasta Cáceres o Raudales.

Santarrosa es una población alegre y festiva en su aspecto exterior, no tanto por lo bullicioso y comunicativo de sus habitantes, que parecen un poco apáticos ^{lentos} y ^{lentos} por el aseo y cuidado con que están gobernados sus modestos edificios. La calle llamada del Palo es ancha y bien dispuesta, y la que desde su extremidad al Norte conduce a la plaza es espaciosa y casi bella: las callejuelas de Traversía tampoco care-

con la gracia y de interés. La iglesia principal está hoy en demolición y se ocupan en reconstruirla. El plano sobre el cual está asentada la población es una mole saliente de terreno, una rica mina según se asegura, y por tanto entraña un sacrificio inmenso, de la almadana y de la barra en aras de una Ciudad. Hay diez convecinos de la riquera peculiar del suelo, que aseguran sería buen negocio obligarse a construir una ciudad igual en otro punto cualquiera por el derecho de explotar este mineral.

La población está rodeada por altísimas barrancas, y las labores llegan en ocasiones a las aceras de las casas. La policía tiene que intervenir a veces para evitar el que ladrones rateros, durante la noche escaven las bases de estos despenaderos, roben la tierra y la lavan para sacar el oro que contiene. Después de los grandes aguaceros, la tierra anastada por las calles y detenida en los arroyos, da hermosa y luciente pinta en la batea.

Hásenos hablado al paso de dos curiosas comunicaciones autógrafas del General José M.^a Córdova al Jefe Político, durante la guerra de emancipación.

La primera es respuesta que da al anuncio de la invasión de Warleta y que en sustancia es como sigue: "Deje Ud venir a ese picaro, que yo le aseguro que no me durará dos empujones"

La segunda posterior, es una

orden: "Entregue Ud al patrón José María Mirés, la casa del rebelde M. Rada, a quien mandé fusilar en Tarumal" El moro de Boyacá era bastante catagórico y sumario en su administración. Fichincha y Ayacucho lo perfeccionaron en ese camino.

La altura de Santanera sobre el nivel del mar es de 3.600 m. Su temperatura de 15.° centígrados. El clima es uno de los más saludables de América.

Dos leguas más de peregrinación hacia el nordeste, y damos con otra región diferente de la Boca del Monte. ¡Qué larga es esta carrera no interrumpida de soledad y de monotonía, que se deja atrás! Al despedirse de ella, se tiene forzosamente que traer a la memoria el tan traqueado, pero expresivo verso del poeta latino: "Luctus ubique paros et plurimae mortis imago"

La Boca del Monte, la falda de la montaña de San José, esto ya es otra cosa: no mucho en verdad, pero tierra negra, árboles curiados y fornidos, flores diversas, enredaderas, paparillos, parásitas alegres, insectos, vida en fin.

La vereda que no hace mucho tiempo servía para atravesar esta montaña de San José, escalaba directamente y de un modo casi vertical la cumbre del cerro; y eso por entre constantes rocas; precipicios llenos de peligros y saltos casi imposibles. Hoy se ha cambiado un poco la dirección, y ladeando la mole montañosa, se ha establecido la vía algo más baja, más racional, y más prudente. No por esto de

cimos — que el tránsito sea cómodo y fácil, no; el camino es nuevo, el berge lo cubre en parte, los rayos del sol no alcanzan a crearlo y los lodarales son capaces de enredar una mariposa. El tiempo, el derriente y un poco de carage, serán obras de misericordia para el viajero en ese punto.

Colombia es la tierra clásica de los malos caminos; y en Colombia el Estado de Antioquia está, puede ser, a la vanguardia en tal sentido. Rentas para mejorarlos y para establecimientos no han faltado enteramente; pero la mejora habrá sido mal conducida, porque estamos, a la hora que es, casi como por los tiempos de la conquista. Actualmente se oye una especie de alarde que hace esperar la aproximación de un cambio favorable, una época de transición progresiva. ¡Dios permita que así sea, porque de todos los remedios para las necesidades urgentes de esta patria en que hemos nacido, ninguno nos parece tan oportuno ni tan redentor!

Empero, valga la verdad; desde Medellín hasta San José la ruta que tenemos andada nos ha parecido bastante buena. ¡Qué diferencia en el paso, en la salud, en la economía de tiempo, en el descanso, en el agrado, en todo! Hemos estado a punto de gritar con entusiasmo: ¡Viva Antioquia, viva la patria, viva el Gobierno!; pero no nos gusta escribir sobre política.

En esta República de en-

sayos, en que todo se inicia y por lo se cum-
ple; en esta tierra federal hoy, y centralista
mañana; en esta situación en que se deifica ó
se denigra la libertad alternativamente; en que
toda utopía tiene asidero, todo sistema defen-
sivos y adversarios, toda doctrina proselitista
y enemigos; en que las fauces de las cosas
se vuelven y revuelven en diferentes sentidos, pa-
ra no aceptar definitivamente ninguna, las vías
de comunicación en sus teorías, han estado en-
frentadas á los mismos vavienes, á la misma
velocidad, á las mismas contradicciones y en
la práctica á la misma nulidad. Leyes sumtu-
rias, planes diversos, cálculos ilusorios, todo se
ha quebrado y hoy estamos en el mismo punto
de partida, merced á nuestra insustancial char-
latanería política y á nuestra incapacidad ad-
ministrativa, en cuestiones de hecho y de veri-
ficación práctica. Estas verdades son un poco
amargas, pero parecen verdades.

La cumbre del Cerro de San
José guarda á mucha elevación sobre el nivel
del mar, y es acaso el pie más elevado
de las montañas centrales antioqueñas. Si
hubiéramos de creer la relación común de
los peones, labriegos y charladores de siglo, desde
esa empinada cresta, en los días despejados, se ve-
ría con todo el mundo; por el Nordeste, dirían
unos, hasta el humo de las cocinas de Remedios;
por el Sur, agregarían otros, hasta el campanario
de la iglesia parroquial de Cartago; por el Orien-
te, el Magdalena, y por el Occidente, el mar.
Desde que comienza á dejarse

La parte superior de esta montaña de San José, se empieza á descender la cuesta de Guanacas, para bajar al vallecito del mismo nombre. La hondonada de Guanacas es sumamente agradable á la vista, tanto por la feracidad de sus bien cultivados campos y la variedad de sus ganados, cuanto por hallarse metido en un país erizado, difícil y abrupto por todos lados; se parece en su conjunto á Riachico y Entierrios, pero les hace ventaja por su mayor suma de riqueza natural. El riachuelo que la baña, y que lleva su nombre, es de alguna consideración, de aguas purísimas y cristalinas, como directamente para el Oeste y las rinde en el Guadalupe.

Al dejar el vallecito de Guanacas, tornámos á escalar la altura opuesta. Después de pasar una travesía, se emprende la bajada de declive que conduce á Carolina. El trozo de vía, desde San José hasta Carolina, no ha gozado aún de los beneficios de la reforma de caminos, pero como el tiempo era bueno, el paraje se hizo sin graves dificultades. La mayor parte de ese trayecto está cubierto de bosque, sobre el cual no llamamos la atención sino para hacer notas la existencia de muchos individuos de las rubiacéas, sobre todo, el árbol llamado aruceno en el país, *Chinchona magnifolia*, de flor blanca, radiada, elegante y cuyo agradable aroma perfuma los campos en que vegeta. Desgraciadamente las quininas de nuestro país son pobrísimas en alcaloides; y tanto este individuo como los otros,

14

tienen cantidades mínimas de quinina que se oponen a su beneficio ¡Diablos! Tenemos oro y podemos tener café, tabaco, añil, cacao, araucos, maderas, resinas, gomas, aceites y muchísimo más. No tenemos por qué quejarnos.

En la cúspide de esas montañas el viaje anda sobre pedruscos de tal es esquisto; en el declive percibe pedruzuelas de gneis, luego cuarzo blanco, y en ocasiones sienitas, dioritas y fonolitos rodados. Signa de minas.

Carolina es un distrito fundado en el año de 1787. Su fundación no se debe a los esfuerzos de un individuo particular, sino a la necesidad en que se encontraron algunas familias de Medellín, Rionegro, Antioquia y Santarosa, de establecer una especie de cuartel general para el más cómodo laboreo de las numerosas minas de sus alrededores, de las de Jenche, Pajarito, Porce, Nectí y otras; pero como por una parte, era topografía fuera muy desfavorable, y por otra, la que hoy ocupa fuere de clima benigno, abundante en aguas, ventilada y con mejores condiciones, los pobladores resolvieron definitivamente fijarse en este paraje, lo que se verificó por los años de 1780 a 1783. Don Vicente Restrepo regaló todos los terrenos necesarios para el poblado, un Dr. Jonnegra renunció en su favor ciertas pretensiones de propiedad que alegaba tener como heredero de un señor Quintaces-Tenebrosas Selvas. Don Pedro Rodríguez de Lora, Teniente de Gobernador en el valle de los Ceros, fue comisionado para dirigir los formenores en

14
la fábrica de la Nueva Colonia; y el Señor
Mont, Visitador delegado por la Audiencia
de Santa Fe, dió la licencia respectiva para
la fundación y espidió autos minuciosos pa-
ra obtener buen éxito en la empresa. Son cu-
riosos y aún dignos de estudio los man-
datos, consejos y disposiciones del Sr. Visitador,
porque ellos prueban de un modo terminante,
que si aquellos Indios no hacían bien las
cosas, era por falta de voluntad y no porque
ignorasen los principios científicos y de buen ór-
den que debían observarse en casos tales. Ellos
sabían sobre esas cosas más que nosotros.

El lugar se llamó Carolina del
Príncipe; aumentó con bastante rapidéz y se
detuvo en sus progresos de la misma mane-
ra.

Los alrededores de la población son pin-
torescos, y sus manaderos, arroyos, fuentes, to-
rrentes y ríos, fueron en su tiempo maravillo-
samente auríferos. Era éste, antes de la conquis-
ta, uno de los orientes principales de la na-
ción Nutabe, indios guerreros y que con la fama
de su riqueza inspiraron al viejo Cura de
Junja, Don Juan de Castellanos, esta fácil y bien
rimada estrofa:

"Porque quebradas, ríos, vertede-
ros - y qualquiera lugar que se catea, - mani-
fiertan auríferos veneros - en que el humano
pecto se reuca, - y en que la actividad de los
mineros - saca bien proveida la batea. Llaman
se nutabes estas gentes; - herbolarcas demás
de ser valientes"

La Tem -

temperatura media de Carolina es de $18,5^{\circ}$ y su altura sobre el nivel del mar 1755 m.

Aunque el clima es apacible, el agua de buena calidad y en general los agentes higiénicos poco alterantes, su proximidad al Torca y al riachuelo Necti, sus establecimientos en partes delictuosas, y al decir de algunos, sus costumbres poco acomodadas a los principios de una buena higiene, producen un número exorbitante de enfermos. Las fiebres tifoideas, las bubas, la úlcera cancerosa y las afecciones de los nervios, se presentan con frecuencia. Supimos de una familia que tenía de una vez cuatro locos en su seno.

Número 3.º Riachuelo de Carolina.
Río Guadalupe. Riachuelo de Hojas Anchas. Nataralera del Terreno. Minerales. San Matías. Chorrera del Guadalupe.

Al dejar a Carolina y emprender camino hacia Amalfi, es preciso cambiar un poco de rumbo, y de Nordeste que era tener francamente hacia el Este. El camino de Carolina hasta San Matías se puede llamar muy bueno comparado con los que de ordinario transitamos.

Todavía en las cercanías de Carolina se pasa el raudal de su nombre, manso, bastante bello y rico en oro. Esta corriente de agua tiene su nacimiento en el cono de Guanacas y tributa su caudal al río Guadalupe. Se atra-

riosa después el mencionado río por un puente de merquina construcción, y luego, poco más adelante, el de Hojas Anchas que, como el de Carolina, contribuye a engrasar la corriente del Guadalupe, ya de alguna consideración y con poco más o menos el mismo caudal de líquido que el Senra antes de precipitarse por el Sequensama.

El Hojas Anchas nace en el Ventadero, tiene bastante agua, es todo el mineral prolongado, se explota con buenos medios y ha gozado siempre de cierta nombradía de riqueza. Sus vegas, aunque no muy anchas, lo son bastante para dar cierto aire placido y ameno al paisaje y para establecer cómodamente en ellas el labores de las minas por el sistema de Saca como se hace en la actualidad.

El territorio que promedia entre Carolina y San Matías representa en parte el laberinto de colinas de la alta planicie de Santanora. El suelo es estéril en las eminencias y lo es algo menos en las cañadas; el bosque es más frondoso y la vegetación más variada. No pensamos que este grado mayor de fecundidad se deba a una capa vegetal más espesa y rica, puesto que el piso es sólido, compacto, arcilloso y tenido por óxido ferruginoso y otros de que ya hicimos mención. El defecto apuntado nos parece depender del aumento proporcional de la temperatura, y de que la vida orgánica es mantenida y es estimulada en estas partes por los aires calien-

tes del Porce y por su vecindad a él -
Habiendo salido de Carolina
como a las diez de la mañana, y habiendo
hecho una detención como de media hora pa-
ra tomar un baño, llegamos a San Matías
como a la una y cuarto de la tarde. Ese caso
rio, que discurre en colinas, tiene sobre su
flanco izquierdo una fuente que lleva su
nombre y que pronto se desliza por la mon-
taña para precipitarse por la falda vecina;
a la derecha una profunda hoya por donde
corre el raudal llamado la Quebradona, que
también sirve para aumentar las aguas del
Porce. Al frente, San Matías mira la bendición
del río como desde un balcón. Los turístas
que nos recibieron en aquel paraje per-
tenecían a la hermosa tribu de los hombres de
buen corazón.

Teníamos tiempo para bajar en
la luz del día hasta el puente de Porce y pa-
sar allí la noche; pero reflexionando un po-
co, surgía fácilmente un dilema para resol-
ver, y era éste: parar la noche rascando las pi-
caduras tóxicas de las chinches garrapatas,
ser roídos por las cucarachas, sofocados por el
calor, vomitados, en fin, a los inconvenientes de un
sitio inadecuado a todo reposo, o hacer una cu-
riosa excursión al Salto de Guadalupe y volver
a pasar la noche bajo un techo hospitala-
rio, cenando bien, platicando con el patrón y dur-
miendo a sueno suelto. La última parte del
dilema triunfó.

A la una y veinte minutos, reloj

en mano, salimos de San Matias y pusimos el rumbo al Norte para visitar la celebre chorrera. Puertos en marcha, tomamos por guia un hombre, habitante del caserío, quien, tirando una albarda sobre el lomo de su caballo, siguió adelante por una trocha de la próxima floresta. En el declive de esas colinas crece un árbol cuyo ramaje se cubre de tantas flores, que pudiera muy bien decirse, en el sentido mas lato de la expresion, que cada individuo es un ramillete. Esas flores son de un violado color de lilas, y su aspecto es de galanura verdaderamente admirable. Preguntamos al guia por el nombre y nos dijo: "Se llama gallinero". No hay en el mundo academicos de peor gusto que nosotros para bautizar las cosas. ¡Gallinero, Siete cueros, amarrabolsos: qué nombres, y aplicados á qué plantas!

A poco andar, y despues de haber trarmonado unas eminencias, principiamos á oír un ruido sordo, lejano, prolongado, á la manera de trueno de agua-

Bien pronto nos pusimos en el borde de la montaña, cortado como á bisel, ligeramente arqueado en grande extension, pero sin eminencia alguna considerable que le sirva de antemural: bonita y hermosa vista. La chorrera desde aquí se percibe al desgo, pero muchos de sus pormenores se pierden, ya cubiertos por los árboles de las cercanias, ya hundidos en la hoya profunda del rio, ribeteado por espesos matorrales.

El si-

to de parada, para dar el primer vistazo á
ese fenómeno tan cumplido y lleno de magnifi-
ficencia, es de carácter peculiar. Independiente-
mente de la configuración del suelo, la vege-
tación tiene su maná de su propia: borque-
sillo frondoso de laureles y sietecientos, misti-
neas numerosas, piperíneas de variadas espe-
cies, mimosas elegantes, y, en medio de toda esa
generación complicada, las especies llamadas vulgar-
mente cauce con flores doradas, encenillo con
pendientes argentifuos, arucenos con macetas de
nive y efluvios de aromas, arriyanes sombríos
y embalsamados, pasionarias llenas de misterio, y
mil individuos más, que atestiguan con su
presencia las producciones de la tierra fría ó
apenas templada, se agrupan y se ofrecen al
viajero para su estudio y observación.

Actores mudos, visitantes silencio-
sos, permanecemos en aquel alto proscenio con
templando admirados la vista que teníamos
al frente y á los flancos. ¡Qué magnitud de
formas, qué opulencia de objetos, qué profusión
de cuadros! ¡Al mismo tiempo ¡qué rigura
de creación, qué brillantez de colorido, qué con-
centración de luz! Solo esta zona tropical en
que nosotros vivimos, con la energía propia de
su situación cosmográfica, puede prestarle á ma-
nifestaciones de tanto poder, de tanta maravi-
lla y tanto aliento.

El desenlace de un poema
físico tan grandioso nos pareció estar en el
fondo de aquella caverna inconmensurable,
que pretendíamos en vano sondear con el ojo

24

desnudo. Resolvimos, pues, descender, y pusimos las cabalgaduras a la obra. El descenso para nosotros debió ser, con sola la diferencia importante de la sensibilidad, pero menos que lo es para el río Guadalupe, rápido, tormentoso, terrible. ¡Qué vareda, qué precipicios, qué pasaje! — la escalera de Jacob. —

Bajamos al fin, y lo hicimos en tres cuartos de hora; mas ¡qué diferencia de producciones! Nos detuvimos y abandonamos las mulas, como a sesenta metros de la orilla del río. En ese lugar hay unas pocas casitas miserables: plantaciones reducidas de caña, de maíz y yuca; empresas que serían imposibles para otra gente que no fuese la nuestra, inexplicables para quien no conozca esa voluntad de hierro, esa fuerza de titán del montañés antioqueño.

La vida vegetal en aquel hueco profundo forma contraste extraño con la que tres cuartos de hora antes se veía sobre la altura: piñales bien nutridos, ciruelos, tamaros, mangos, guanábanos, naranjos, nisperos, y por encima de todos ellos, el cílibre y surtancioso Theobroma, el cacao santo y bendito de los climas equinociales. He aquí la lujosa asociación de plantas que se presentó de repente para divertirnos con su vista. El calor era ya intensísimo.

La opinión del guía cuando arribamos cerca del río, fue, y eso de una manera prentoria, que no podríamos seguir adelante. La nuestra no era ni podía

ser la misma, tanto más cuanto que desde la casita la vista del salto era merquina é imperfecta. El sustino vino entonces á nosotros de manera inesperada con la aparición de un hombre llamado Felipe Pérez, quien, ocupado en hacer una rocería en la parte alta, había bajado, atraído por la curiosidad, cuando vió que gente en mulas cabalgaba por donde hasta entonces nadie había llegado de ese modo. Este sujeto resolvió con desenfado la cuestión de proseguir por la afirmativa, y nos dimos á la tarea. La distancia era corta hasta la base principal que sirve de caudero al agua, pero ¡qué distancia!, qué terreno, qué vía!

Pasámos al traves de una siembra recién labrada, teniendo sobre la derecha una pendiente casi vertical y, por tanto, temible. Íbamos bastante rendidos, pero resueltos á mirar la Chorrera desde su base.

Terminada la parte abierta del campo, no quedaba ya, para estar en la ribera, sino un breve espacio como de treinta metros; más de repente nuestro animoso guía se detuvo, y retratos, al levantar la cabeza, vimos con espanto y con disgusto, algo semejante á las columnas de Hércules con su famosa letra "non plus ultra." Ese non plus ultra que se nos presentó obstruyendo el paso, era un material de rarnas que ocultaba quien sabe cuántos horrores. El conductor manifestó de modo terminante que todo esfuerzo para continuar sería inútil; pero, estimulado

un poco, así por el machete y puso el pie
a la faena de abrirnos paso: el empeño era
difícil. Antes de penetrar en el rastreo nos
dijo, con señalada intención, y tomando aire
ligeramente azorado: "Cuidado con hundirse:
cuidado con el filo de las piedras: cuidado con
las ramas y las espinas: cuidado con los
fogos y cuidado con las mapanías" A esta
última advertencia un frío intenso nos an-
duso por corrientes sobre el cuerpo. Hase
poco, nos dijo, matamos dos en el trabajo, y
por aquí las hay bien gordas y macu-
cas. El espíritu de curiosidad produjo
y seguimos adelante. Dichosamente el pa-
so se efectuó sin contratiempo. Todos los
terrores que acompañan de ordinario a co-
rrientes de esta especie, son abultados un
poco por la fantasía; pero ~~ellos~~ existen real-
mente: vencerlos es siempre ligera satis-
facción.

Ya en la orilla del río, giramos
la cabeza en derredor y fuimos súbitamente
conmovidos por el espectáculo. Antes de esta-
diarlo en sus pormenores, y antes de llegar
hasta la base misma de lo que algunos lla-
man la Cascada, nos pusimos ruanas de
caucho y fundas en los hombros para res-
guardarnos de ese riesgo constante, o más
bien aguacero diluvial que cierne en la
creanía de aquel abismo.

Dicen todos: "el
Salto de Guadalupe;" y creemos que esto se di-
ce con impropiedad. Lo que se llama vulgar

mente el Salto, es un gran fenómeno ^{comple-}
to, en que el curso de un rio ofrece todas
las variaciones de que es capaz el agua
corriente sobre la superficie de la tierra. Uta-
mos.

En la parte alta, sobre la planicie de
Carolina, el liquido corre manso y tranqui-
lo, juguetea y se enrova suave y dulce-
mente sobre si mismo; mas ya en el borde
de la cordillera se desprende con velocidad,
se desliza como el lampo de la centella, por
el plano inclinado de la roca, formando un
rápido elegante. Es como la carrera prepara-
toria de quien intenta dar un poderoso sal-
to.

Terminado el rápido, como á ciento diez
metros, el rio, recogido en un solo cuerpo, se
lanza en cascada ruidosa y atrevida. A vein-
ticinco ó treinta metros más de esta se-
gunda parte, el agua parece dar contra una
punta saliente de pedernal, y el choque la
repucute sobre la parte superior en forma
de espuma tan blanca como la nieve. Esos
espas espesos y colodales imitan la cabeza
y cuello de un gran caballo blanco que in-
tentara escalar la Chorrera, como si el liquido
en rebelion con su forrada caída ó temeroso
de la que le espasa, pretendiese volver sobre
sus pasos.

Del caballo en adelante el rio se
arriba impetuoso; cuando no está crecido, deja
en el centro, á medio cubierto, la roca de color
oscuro concentrado, semejante al espinazo de
un pez; se incorpora de nuevo en un solo
chorro, y arrebatado y violento, cae como á cin-
cuenta metros en una gran tina de siemita,

que asume la forma de una vasta calde-
 ra hirviente, de donde se escapa el vapor en
 turbiones que contribuyen a formar en su
 descenso el aguacero prodigioso de los
 alrededores. Este tipo del fenómeno es de
 una belleza asombrosa y terrible por su
 fuerza y por su energía.

De la cascada en se-
 guida, el Guadalupe prepara nuevo y estupe-
 do contraste. Hacia los dos lados se cae
 de una y otra parte dos hilos como dos
 cordoncillos de plata. El río se divide en can-
 tidades iguales; se desvía un poco en su
 curso: presenta virutas y se cae hacia
 el centro, y así, divorciado en su lecho, se
 descuelga de nuevo con no menos audacia
 y desdén que en la parte que le antecede.
 Antes de caer definitivamente, los dos co-
 rrientes toman a unirse de modo inextri-
 cable, en su carrera. El lugar de esta caída
 es ya la base de la que debe llamarse la
 catarata o cataratas: es el término de ellas:
 es el abismo.

Comienza aún el agua, el le-
 cho está muy lejos de ser horizontal. El
 río sigue como por espacio de unos cien
 metros formando cascada sobre cascada,
 y entretanto va sacudido, maltratado; y como
 si tanto choque y obstáculo lo llenaran de
 rabia y de furor, se hace sentir ruidoso
 e imponente. La parte de las cascadas no es
 la menos bella, ni la menos admirable del
 panorama; antes por el contrario, su ruido
 y su aspecto tienen algo de galvánico, fas-
 cinados y coléricos, que asusta y estremee.

Desde las cascadas, el

Guadalupe sigue de brinco en brinco, chocan-
do contra enormes pedregones, espumoso lleno
de remolinos, pequeñas voragines, recodos re-
balsas y hojas capriciosas, dando murmu-
rios regañones que á mayor distancia se con-
vierten en rumbidos moribundos y vagos, hasta
que el agua, golpeada siempre, encazonada y
torturada, llega turbia y llena de lodo, á unirse
en estrecho abrazo con la que la espuma en la
bondonada, donde las arenas del Guadalupe dan
un beso de oro á las doradas arenas del Por-
ce. De acá van al Cauca, al Magdalena y al
mar, en donde, siguiendo la eterna ley de rota-
ción, esperan el momento de volver al estado
de vapores para posarse sobre las montañas,
condensarse de nuevo y abimentar arroyos, torrentes
y rios, y quien sabe si al mismo Guadalupe!

Este en cuanto á la parte gráfica
del rio. Los pormenores del cuadro piden algu-
nas apreciaciones más; son difíciles, pero va-
mos á intentarlas.

Partiendo de la cima, y de uno
y otro lado de la Chorrera, la roca está desnuda,
es de color moreno subido, y, prolongándose hasta
la parte inferior, forma un vistoso óvalo al sal-
to principal, encape artístico, marco de caoba,
de minuto fantástico prodigioso.

Otro óvalo, más gracioso y más
agradable á la vista, de ese cuadro mágico, se
encuentra dispuesto de manera simétrica y
concéntrica con respecto al primero. Está cons-
tituido por una hilera de árboles copados
y corpulentos, de verde esmeralda, que se com-
pletan en sus interrupciones por una franja
de gramíneas de follaje fino y delicado. Esta dis-
posición obliga al observador á fijar la vista en lo

que pudiera llamarse el corasón del fe-
nómeno.

Saliendo de esta circunferencia ma-
rañosa, se ofrecen nuevos y variados objetos
a la observación, mas para dominarlos es
preciso cambiar alternativamente la mirada.
En el conjunto del paisaje hay de todo: gra-
míneas capilares junto a la humedad, de
lagos anchos y lucientes un poco después;
sarizales luego; matorras y arbustos enma-
rañados, en ocasiones; casuchas, sementeras abe-
ridas y temerarias, diseminadas en las esca-
pas; árboles esputantes en todas las direc-
ciones, y los mas cercanos al río, cubiertos de
parásitas, de musgos y de fango, verdadera li-
brea de la mundicidad del medio en que
vegetan.

Al frente y viniendo del Oeste, sur-
fea por entre rocas y murmura a su ma-
nera el agua clara del riachuelo Cañar,
que se desprende desde las cumbres elevadas
que dominan al Higuicón; al Norte se abre
la hoya del Torca, trayendo a la imaginación
la idea mágica de sus ocultos y reales te-
soros; el viajero se encuentra circunvalado por
esas moles inmensas de montañas cor-
tadas a pico, cuyo examen se hace ape-
nas forzando el cuello para mirar al
Cielo. Todo eso es de un rigor supremo.

Para ver más de cerca, nos
aproximamos a la orilla, saltando de roca en
roca, no sin peligro de rompernos la cris-
ma por lo lizo del aventadero de los pies.
La operación se hacía en betas.

¡Qué horror causa todo aque-
llo visto frente a frente y desde un punto mal

seguro! Eso pone de punta el cabello en la cabeza -

No era aún bastante ra lo que hemos llamado el abismo: era preciso mirar la caldera en su nivel natural. Un trabajo de escalada por cincuenta metros casi verticales, asiéndonos de los filos y ganchos del personal, era preciso. Almacena de marga mal prendidas, grietas espantosas, paredes sin agarradero, agua turbia y amarillenta, cieno de trecho en trecho, uno que otro sapito errante y vagabundo, saltando temeroso a nuestra aproximación, Cangrejos pequeños y empapados: he aquí con poca diferencia, el cortejo que nos acompañó en aquella parte de nuestra excursión.

Este fenómeno es verdaderamente un Proteo: cada faz que presenta es nueva. Ya en la base teníamos Hovirna en abundancia; subiendo hasta el primer escalón, frente a la cascada, apoyados en la mano de hierro del guía, ya no era una garúa un paramito, sino un verdadero palo de agua, que se tornaba en huracán y en tormenta cada vez que una ráfaga de viento venía a azotar el cuerpo principal de la Chorrera. Colocados en el borde, bajo la influencia de tantos elementos discordantes, la contemplación de la cascada nos pareció vintiguera, aturdecida, enfermiza, y destinada para que organizaciones superiores en la naturaleza la escudriñasen y la descifrasen. Cada borbotón de espuma pareció una nube caída del cielo.

Alguien ha dicho que la cascada, que forma un arco al caer, deja en cierta parte a retaguardia un pasaje seco y transitable: no hay tal cosa, al menos por ahora. Colocados sobre esa elevada es-

620
catala dirigimos la vista hacia el conito, y
percepciones con asombro el río en el punto
preciso en que se desgaja definitivamente pa-
sa formar la catarata principal. Parece en-
tonces que todo el líquido viene á caer so-
bre la fuente ¡Hay casi un sentimiento de as-
fixia en tal instante! Esta es la impresión
cardinal de esa cadena de sensaciones y su-
cesos.

El ruido común y ordinario
del Guadalupe, en su caída, es sordo, mono-
tono, acompasado. De vez en cuando, sin em-
bargo, ese ruido es turbado, y toma un diape-
son variadísimo. Si una corriente impetuosa
del viento que sopla de las montañas,
arropa de nuevo la masa de agua en su
descenso, se oye al instante un sonido que-
brado y estridente. El eco de eso que recuerda
un lamento aéreo, un gemido estéril, enson-
quizado á ratos, parece un cañonazo de
agua.

Visto de lejos, el Guadalupe en su
Chorrera tiene cierto aire apacible; pero pier-
de mucho el influjo que alcanza con su
indole salvaje y bravío cuando se le
contempla de cerca.

Dicen muchos que jamás
es tan conmovedor el estudio de este gran
fenómeno, como cuando se hace durante las
grandes avenidas del río, que colman el
cauce. Entonces el agua bate con inaudita
fuerza; el líquido se fractura y crasa por
el horizonte en astillos brillantes, que imi-
tan un vasto fuego de artificios: eso es hor-
mosamente aturdidor.

El arco iris se presenta

de ordinario virtuoso, extenso y multiplicado en el casto círculo que ofrece el paisaje. Desgraciadamente para nosotros, la tarde, muy avanzada ya, hacia que la ociosa roca lanzara su penumbra sobre los vapores e impidiese la refracción de la luz. Por eso no vimos ese suntuoso camaleón del firmamento.

Si se pretendiera saber a punto fijo la índole del sacudimiento espiritual que el estudio de un cuadro de esta especie provoca en nuestro ser, sería bien difícil encontrarle explicación satisfactoria. Hay en todo ello, al menos para nosotros y para nuestro sistema, un no sabemos qué, confuso, vago, sutil, imponduado, que no podemos describir, pero que bulle en nuestra alma, transformando las formas de una existencia real, aunque inconcebible para los sentidos. Quizá algún día esta ley de fisiología moral se formulará en términos claros y precisos. Nosotros sólo penetramos en el obscuro e insondable fondo de esta impresión, lo siguiente: no hay alma humana, por marchita y por árida que se halle en su existencia, que no emita siquiera un ligero hálito místico, cuando se ve llamada en su camino por la voz dominadora y omnipotente del Creador, en la manifestación augusta de sus obras. Sigamos adelante.

Ya era muy tarde, y empezamos a desandar, no sin pena, por que todavía nos quedaba harto que indagar y con qué alimentos nuestros deseos.

Volvimos a la casita donde habíamos dejado las bestias, al cuidado del primer

guia, no sin dar eso sí, de cuando en cuando, miradas escudriñadoras a todo lo que nos rodeaba especialmente al Guadalupe

Por lo que antecede se ve en claridad que lo que llaman Salto es un fenómeno complicado y heterogéneo en sus pormenores. El Tequendama se define de una vez, como en pocas palabras lo hizo el inmortal Caldas, pero el Guadalupe apenas se describe. Ya se ve, si nosotros fuéramos Caldas, quisiéramos lo definiríamos también.

Aborrecemos las comparaciones entre personas, y a veces llevamos nuestro odio hasta las que se hacen entre cosas. Por eso no decimos que el Guadalupe sea mejor que el Tequendama ni el Tequendama Superior al Guadalupe. Estos contrastes geológicos tienen todos su merito propio, aunque idénticos en su naturaleza, y tienen sus designaciones particulares, que constituyen el fondo de su importancia.

El Tequendama se cae de una vez, forma su arcada fluida, y todo está dicho. El Niágara tiene su armonía colosal, su tranquilidad aparente y su conjunto uniforme, lleno de majestad. El Salto antiguo tiene su complicación infinita y su índole salvaje. Empues, el Niágara ha tenido a Heredia por bardo; el Tequendama ha sido enaltecido por la musa sensible de Ortíz; mientras que el Guadalupe ha sido apenas visitado por el buscador de oro o por el calmoso habitante de nuestras montañas.

Repro-

Sados algún tanto de la última conve-
ría, que nos hizo sudar copiosamente, re-
solvímos regresar. Aseguramos que las mulas
ejecutaron en el ascenso, como en la bajada, una
acción distinguida de valor, así como nosotros,
sin desmontarnos, una estupenda proeza de
barbarie. No se vea que haya mentira en es-
ta aserción: es la purísima verdad.

Serían las cuatro y tres
cuartos cuando emprendimos el camino de
subida, y como las seis cuando llegamos á
la altura. Era el crepúsculo de los trópicos;
era el verano en lo más genuino y claro.

Cuando ya íbamos á poder de vista el
Guadalupe dimos una mirada de adiós al
espectáculo. El cielo estaba de ese color dudoso
que nos hace vacilar entre el azul turquí
y el esmeralda; las primeras estrellas em-
peraban á lucir en el firmamento como ro-
sas de plata; la Cascada mandaba sus ru-
mores entrecortados, y el agua se dividía
á lo lejos como hebras de diamante; un
velo, diáfano aún, se extendía por la parte
baja de aquellos senos y combas de terre-
no; el abra del Pore iba más allá de nues-
tro pensamiento, envuelta en los repliegues
de sus cordilluras, y el lugar aquel, en fin,
alcanzaba tintes tan soberanamente bellos,
que nosotros no pudimos menos de excla-
mar con el Profeta de Dios, con Isaías el
sublime: "Señor, llenos están los Cielos y
la tierra de la majestad de vuestra glo-
ria!"

Luego volvimos la rienda á las
cabalgaduras y enderezamos el paso para
San Matias á donde llegamos á las siete de

la noche. Algunos labradores retardados, fueron los únicos que interrumpieron la obsesión mágica de nuestras últimas impresiones. La suspensión por nuestra tardanza, y aun pensaba ya enviar al pobre marido á buscar á los viajeros.

La cena fue buena. Hablamos con el patrón de lo que se habla siempre con estos montañeses

Número 4º

San Matías. Cuerta Occidental del Porc. Puente y cascada del Porc. - Cuerta Oriental - Coloradas - Caracolí - Vibora - Amalfi

Nos pusimos en actitud de viaje á las cinco de la mañana, pero no fue sino entrado ya el día cuando empezamos á andar

Aunque San Matías esté en el borde de un anfiteatro, no se empieza á bajar la cuerta del Porc, sin andar algo más al Nordeste por una serie de colinas, en donde hay diseminadas muchas casuchas de aspecto pobre

Dejando las cimas próximas á San Matías, se comienza la bajada de la Cuerta Occidental del Porc. Al principio hay todavía un pedazo de bosque virgen que sombrea la ruta. Luego el monte deja el camino al sol y al agua y el calor aumenta á cada instante. Cuando ya se aproxima el virgen al río, la sudoración aumenta notablemente y se suda de un modo copioso. El bullicio de los climas abaradores se desenvuelve en todo su vigor.

canto de aves, chillido agudo de chicharras, variedad de plantas, sonaja en todo. Al fin se llega al puente y se descansa un poco, o más bien, se entra en una agitación de nuevo género. Sobre el puente la hondonada ofrece face llena de atronamiento y de sublimidad.

El río en esta parte lleva una buena cantidad de agua, y es de color y casi incalculable corriente. Para como el pensamiento por el curso de un río.

El cauce es estrecho y las rocas de lado y lado, cortadas verticalmente como las paredes de un aposento, se acercan de modo notable. La vista de lo alto desvanece y causa ~~sincope~~ vértigo.

Los primeros traficantes de esas buenas echaban largos maquengues de uno a otro lado, los arrimaban y el paso quedaba improvisado. El puente parecía cuerda de rotatines.

Por uno de esos vehículos pasó en cierta ocasión un labriego con su familia: él el último y bien hubo puesto el pie en la orilla contraria, el puente se hundió. Un segundo antes y el infeliz habría rodado al abismo. La altura será como de veinte metros.

Ese puente se ha hecho y deshecho en diferentes épocas. Durante la última revolución fue quemado. El cons-truido ahora parece bastante sólido y seguro.

El paisaje en este punto del Pore es salvaje y de un magnífico honor.

Arboles seculares y elevadísimos desafían desde la falda la bóveda del Cielo: las dos cordilleras parecen

por su proximidad, que en el paso
al arrebatado río: plantas parásitas y en-
redaderas manosas se agarran de tron-
cos, de ramas y de pedernales: la vainilla
anuncia su tesoro de aromas en medio
de aquella barbarie: flores caprichosas y
tinturadas por vivos colores, mecen sus ra-
mitetes al vaiven de los ligeros vapores
del río: mariposas brillantes tienden sus
alas de ópalo o esmeralda sobre los se-
nos de las brisas producidas por el choque
acuático del aire: muridos discordantes
de olas embrocadas hienen el oído: zumbi-
dos de coleópteros bulliciosos se mezclan
con los zumbidos bordos de los lejanos
raudales del río; y la naturaleza toda,
en fin, entona allí con tanta fuerza su
canto, caprichoso, que el viajero se va su-
miendo poco á poco en una atmósfera
de estupor.

A poca distancia del puente,
en la parte superior, el río se estrecha tan-
to que alguien diría ser la distancia de
una á otra roca el salto de un pigmeo. Por
esa estrechura el agua se arrega de una
vez y forma vistosa catarata de cuatro á
cinco metros de elevación. El líquido cae
con soberana fuerza, y en la base de la cas-
cada forma un huracán terrible, delirante
y convulso como los estremecimientos de un
epiléptico. Un denso vapor blanco, semejante
á copos de nieve, se eleva desde el fondo y
cubre casi en su totalidad esa caverna gra-
nítica. Levantándose más y más y enrare-
ciéndose en su ascenso, desaparece al fin
para ser reemplazado por el que sigue, y

era sin intermisión. Los rayos del sol, cayendo verticalmente sobre esa gasa de exhalaciones, se rompen y forman el más fantástico y lúcido fenómeno que puede admirarse. Una innumerable serie de arcos iris que se suceden los unos a los otros, que se devanacen cada uno cuando el que sigue lo reemplaza, que entortijan unos en otros, que danzan en la atmósfera y que huyen y se aproximan para formar aéreas combinaciones de suavidad y capricho: he aquí la perturbante perspectiva que se goza desde el puente. Se diría ser el retiro de un millón de camaleones en nido fabricado por la exquisita imaginación de un oriental.

La profunda hoya del Porce se halla hoy en gran parte cultivada; de uno y otro lado. Hay cortijos en que siembran maíz, yuca, caña de azúcar, algunos árboles frutales y pastos para la cría de ganado. En tanto que la tierra, después del desmonte, conserva la capa depositada por las reliquias vegetales durante siglos, la feracidad fue aventajada; pero desde que las lluvias han anastado esa débil corteza de humus, la esterilidad se ha mostrado lastimosamente. Es esta la suerte que van corriendo muchos circuitos del territorio antioqueño.

Al subir la cuesta orientada del Porce, se tiene la repetición, en sentido inverso, de lo que se observa en el descenso. ¡Qué alivio y descanso para los pulmones fatigados, cuando se llega a la cumbre! En el alto del Porce, el aire es néctar ó ambrosía para el aparato respiratorio; se aspira con

delicite y se tiene un placer inefable; es el epicurismo inocente y permitido de las funciones orgánicas, es la salud, es la vida.

Perseguendo, se vadea a los andados: laberinto de colinas y de montañas, torrentes por la benda, rocas afiladas, bosque virgen, rastrojo y trabajaderos de minas. Se deja atrás el riachuelo de Coloradas; se llega al riecito de Caracolí, se pasa por un puente, se domina una altura, se percibe en lontananza el Guadalupe, blanqueando como la barba de un viejo, se le saluda, y se baja de nuevo: se sube otra vez, se abre el horizonte y se encuentra el apacible y pintoresco vallecito de la Víbora. Desde allí se galopa con ansia, se sube una colina, y se tiene al fin de una jornada, algo dura y cansada, la población de Amalfi, como escondida por un cortinaje de verdura. Descansemos un poco.

Número 5.º

Amalfi La Víborita

Amalfi está situado en la rinconada oriental del valle de su nombre, y se ve desde las eminencias vecinas como en el fondo de una cápsula. Altas cordilleras circunscriben su situación a regular distancia del centro, y desde la base de ellas hasta limitar la población, remolinean, como un dedalo caprichoso, infinidad de colinas de mayor ó menor altura, distintas en su estructura é irregulares, pero de un carácter suave, redondeado y agradable.

Roma es la ciudad de las siete ^{cu-}linas; Amalfi podrá ser alguna vez la ciudad de las cincuenta montañadas. La villa está regada por tres fuentes de mediano caudal: la primera llamada la Cancana o Riachón, desciende a la planicie por el Sudeste; la segunda llamada Guayabito viene directamente del Sur, y la tercera que desemboca por el Suroeste se conoce con el nombre de Otrabanda o la Virgen. Esta última fuente recibe antes de su reunión con las otras, un manadero bastante considerable y de un agua excesivamente pura llamada la Fenicia. Todas ellas reunidas se juntan con la Vibora y entonces se lanzan por diminutas cascadas, al través de una barra de cordillera, que se para estas dos primeras cuencas, de la Viborita que está un poco inferior y al Norte de ellas.

La calidad de agua potable en Amalfi, nos ha parecido bastante buena, y esto en contra de la opinión generalmente recibida, que le atribuye calidades dañinas. Puede ser, sin embargo, que la incuria y poco esmero en que se tiene su lacto, por en medio de borques, cenagales y rastrosos, le comuniquen un mal sabor ligeramente lodoso, y le arrebatan algo de sus propiedades tónicas y naturales. Eso desaparecerá con el tiempo.

La temperatura media del lugar, tomado por el método del Senor Boussingault, ha dado 68° del termómetro de Fahren-
heit, la misma con corta diferencia, que la de Cardina; el aire y el suelo nos han pa-

recido extraordinariamente cargados de humedad. El higrómetro ordinario en este lugar, serviría muy poco tiempo, porque el pelo se podría. El clima es actualmente un poco insalubre, pero predestinado en nuestra opinión, para ser uno de los más benéficos del Estado de Antioquia.

El plan para edificar la Villa fue dispuesto y ordenado por Dn. Carlos Segismundo de Greiff: las calles son regularmente anchas, tiradas á cordel, planas y cortadas en ángulo recto de ciento en cien varas. Los edificios en su gran mayoría, están cubiertos de tejas y son de modesta apariencia. Quedan pocos de paja y solamente hay dos de un par de pisos. Casi todas las casas son humildes, sumamente sencillas en el mueblaje, pero todas ellas, aun las de los pobres, están gobernadas con aseo y esmero. La población entera revela al presente cierto aire de pobreza y decadencia, que contrasta de un modo aflictivo con los rápidos progresos que hizo en los primeros años de su fundación. Pensamos, con placer, que esta decadencia será transitoria.

La fundación de Amalfi principió el año de 1836, bajo el patronato del Presbítero Juan José Rojas y de los señores Casiano Botero, Estevan Alvarez, y muchos otros, entre los cuales figuran algunos de los vecinos actualmente residentes en el lugar. En el año de 1840 era ya parroquia, y en el de 1850, había dejado otras á Cancán, Remedios, Zaragoza y otros pueblos del Estado de muy

antigua creación. El templo que sirvió
antes de iglesia parroquial, está demo-
lido y se reconstruye con actividad y des-
to entusiasmo por el cura y vecindario. El te-
rreno en que están los edificios, y en que po-
drán aumentarse, fue regalado por D.^a Pedro
Sáenz, español de buen recuerdo para
los antioqueños -

Tomalpi debió su prosperi-
dad naciente a los ricos lavaderos de oro
de sus cercomías; pero como estos, por el
momento, han venido a ser menos produc-
tivos, la riqueza del lugar ha disminuido
considerablemente. Pensamos que los aluviones,
sin estar agotados, piden costo para su ela-
boración; pero que en cambio la tala de ár-
boles y las aspiraciones del minero, des-
cubrirán bien pronto en las montañas
del circuito dorados veneros que realtra-
rán la situación de esta simpática ciu-
dad. El esqueleto geológico de sus mon-
tañas hace presumir que toda esa tierra
es tierra de oro, y acaso de algo más
en metales preciosos -

Parece que antes de
la última revuelta civil del país, los
alrededores de Tomalpi eran limpias
praderas, cuya contemplación alegraba
bastante la vista. Hoy, todos los puntos
circunvecinos se hallan cubiertos de ma-
lezas y las montañas que encierran el
mitero. Es lástima que en una comarca tan
aventajada, no se tenga más esmero y cuidado
ríamos ver con toda esa vegetación, ni ver

completamente desnudo el terreno de sus galas naturales; pero fácil sería combinar una con otra estas dos indicaciones dejando de trecho en trecho arboledas que varían el tono del paisaje. En Antioquia nos vamos a los extremos: el monte bravo o su devastación total. He aquí el sistema y la costumbre. La bellera campesina pide un término medio entre la cultura artística y la fuerza natural de la vegetación. Haciéndolo así, Amalfi conseguirá establecer en sus cercanías una franja de arboleda, mejorará sus aguas y su atmósfera, y ganará infinitamente.

Además de esta primera indicación de higiene pública, consideramos como indispensable abondar el cauce de las aguas en su nivel inferior; y abondarlo de un modo considerable, rompiendo algunas rocas en la parte montañosa por donde se han abierto paso, y siguiendo la excavación hasta la parte superior. La operación indicada está ya en parte hecha; pero aun no lo ha sido con las condiciones requeridas. Este desagüe, si se disponen bien los caños de las calles; si se arreglan convenientemente los alcantarales; si se levanta algo el nivel del piso; si éste se macadamiza o empedra; si se elevan un poco las aceras; si se desmontan los alrededores; si se cultivan y desecan los campos; ese desagüe, decimos, dará aire seco, piso firme y sólido, casas abrigadas y muchísimo mejor salud de la que hoy se gozaba. La humedad es verdaderamente ator-

mente aquí, aunque según la opinión general, mucho menos de lo que antes era. Lo mismo con corta diferencia ha sucedido en casi todas las poblaciones del Estado. Medecina iba en lo antiguo a la cabeza de todas a este respecto. Hoy ya no es así; y seguros estamos de que la capital del Estado ha mejorado, al menos un cincuenta por ciento, con los desagües de los egidos y con el cambio de agua potable.

En Amalfi, todo se humedece y se pudre cuando no hay bastante cuidado. El calzado se emboteca de un día para otro, la ropa blanca se mancha, la de paño se pela, los sombreros se ablandan y destruyen, los libros se mojan, los cigarros se empañan y el cuerpo deberá seguir, poco más o menos la misma suerte y sentirá sin duda alteradas sus funciones vitales.

La humedad ambiente, la humedad local, la humedad que rodea y ataca constantemente el organismo humano, debe ser, y es en efecto, una causa poderosa de enfermedades. La influencia maléfica de esta causa está bien reconocida por todos los médicos; y aun ha habido quien le atribuya, por lo menos, las dos terceras partes de las dolencias que matricitan y consumen al hombre. Ya obra suprimientos repentinamente la transpiración y da lugar a hidropesías, ya estanca un flujo habitual en la mujer y viene en consecuencia una serie penosa de alteraciones uterinas; ya turba de un golpe la digestión principiada; ya altera el equilibrio de las funciones nerviosas, y siguen todos los fenómenos que caracterizan las caprichosas for-

60
mas de las afecciones de este genero. Asi,
depósitos de serosidad, infartos crónicos del
aparato glandular, dispepsias, neurosis, neu-
rálgias, parálisis, reumatismo &c., todo se pro-
duce y todo se explica bajo la agencia fu-
nesta de esa causa.

No sabemos como obra
la humedad en la producción y modificación
de las enfermedades nerviosas; pero su influ-
jo es cierto como la luz del dia. ¿Se com-
bina en su manera de obrar con algunos
fenómenos siderales y agrava su influen-
cia? Eso se nos escapa aún, como se nos
escapa la esencia de muchos hechos de los
que se relacionan con los agentes imponde-
rados; pero en cuanto á su revelación ex-
perimental, por resultados prácticos, ningun-
a duda podemos abrigar.

Es cosa muy sabida por
todos los observadores y especialmente por
los que padecen enfermedades crónicas, que
tales dolencias se mejoran ó exaltan, segun
do en su curso el estado meteorológico. Hay
enfermos de estos que adivinan la tempes-
tad; los hay que presienten el cambio de
faz en la luna; los hay que vaticinan la
lluvia; y los hay que en tiempo seco viven
con salud, mientras que en invierno la pier-
den, y viceversa.

Hemos recibido en Amalfi
la consulta de un paralítico, que podía
andar con alguna dificultad, sin apoyo
durante la estación de las lluvias, y que per-
día todo movimiento desde que el verano
se establecía definitivamente. Es cosa cierta que
el agua conduce medianamente la electricidad, y es acor-

porque el enfermo recibía, durante el aumento de vapor acuoso, descargas eléctricas de mayor consideración, por lo que su salud ganaba un tanto. Si la electricidad, en este caso, obraba sobre los nervios del enfermo, de un modo positivo o negativo, nosotros no podríamos explicarlo; pero entricemos, que todas esas calamidades tendrán pronto la explicación genuina de su mecanismo, y hallarán en la pila su antidoto, o al ménos su correctivo consolador.

Las afecciones históricas, la hidropesía, las dispepsias, las hemorragias pasivas, los edemas, la hipertrofia del bazo, los infartos hepáticos, las dolencias del páncreas, la sífilis en sus diversas manifestaciones y el cáncer acriago y mortal, son las plagas que más afligen esta población.

¿Por qué será el cáncer una enfermedad tan común en el Estado de Antioquia? ¿Será por el uso de la sal godada cargada de cal y magnesia? ¿Será el cuanto término de la sífilis primitiva? ¿Será el resultado de bubas mal curadas? ¿Será el abuso del tabaco?

No lo sabemos; pero respecto del último, podemos asegurar que si no como causa predisponente y específica, si por lo ménos como causa determinante, debe ser considerado, respecto a los epitelomas de la boca, como agente y estímulo para llevar rápidamente a un término funesto. Respecto a la influencia de las bubas, pien de las Antillas, apuntamos de la reserva y temer que inspiran aserciones semejantes, que siempre las hemos hallado solamente familias enteras, y que estas, más tarde,

han venido a presentar la diatesis cancerosa de un modo uniforme y hereditario-

El gálico es casi siempre el triste patrimonio de toda nueva población; de estas poblaciones formadas a escote, en que muy raras familias de buenas costumbres y sanidad física, se encuentran forzosamente en una turbamulta de mujeres de mala condición o de aventureros, empujados por el viento de la miseria, o tal vez del crimen y la corrupción, en busca de la impunidad los unos, y del abrigo y el pan los otros. No es sino con el tiempo y bajo el castigo de una sanción moral mejor establecida, cuando estas sociedades disueltas en su principio, se depuran y experimentan el sentimiento de su dignidad. Felizmente, pensamos que Amalfi ha pasado ya esta prueba, y entra en la categoría social de los otros pueblos morales de Antioquia; faltándole quizá un poco, la expurgación correspondiente al quebrantamiento de la ley física-

Al Norte de Amalfi, encerrado como él entre colinas, o más bien montañas, está situado otro vallecito pintoresco y ameno en demasía. Llámase este paraje la Viborita, y recibió su nombre por una que encontró en él a su llegada, cuando lo descubrió, Don Fabian Uribe que montaba en busca de minas

La Viborita tendrá una milla de longitud en dirección de Oriente a Occidente, y como la cuarta parte en anchura de Sur a Norte. En todo su perímetro, forma ligeras entradas a manera de senos en los declives de la cordillera, y en el

50
recto de su extensión es completamente ni-
velado. Como su hermano el de Amalfi, y como el
de la Vibora, que se están separados por una
cordillera intermedia, la Viborita entera, hasta
hoy por, cubierta de bosque y de trecho en
trecho empapada por lodazales y aguas es-
tancadas, indicios seguros de su antigüedad na-
tural de lago.

El bosque, del cual tosa-
ría permanecer en pie una parte conside-
rable, tiene palmares vistosísimos, árboles
gigantescos y gran cantidad de plantas por
el estilo de las ya mencionadas. Los palmares
se han conservado en parte como objeto de adir-
no: por manera que su contraste con la tierra
limpia, es agradable para quien lo contempla.

Las aguas de Amalfi de
que hicimos ya mención, rompen la montaña
y entran a la Viborita en dirección Norte atra-
vesando la llanura por su cabecera oriental.
De la cordillera interpuesta, hacia el lado de
la Viborita, pero sin computa en todo, viene
por el extremo de Ocaso, el raudal de San Agus-
tín por una cañada que también se incli-
na al Setentrion; más en vez de seguir su cur-
so de un modo invariable, cuando llega a la
rincónada de la planicie, se encorva gradual-
mente al Este, recorre todo el vallecito y se
une a la Vibora cerca de la base del Cerro, al
Norte Unidas ya rompen de nuevo la cordille-
ra, se tornan tormentosas, reciben de uno y otro
lado varios torrentes, y se arrojan en el Poce a
no muy larga distancia. Es curioso ese conjun-
to de planos horizontales y ese sistema de aguas
con tan variado curso en medio de un enrepa-
do tan notable de cayas.

La Vibora

3061

rita tendrá con Amalfi como unos dos
metros de diferencia de nivel sobre el
mar. De tal diferencia resulta el que su
clima sea un poco más abrigado. De esto, y
de que el piso sea en general menos húme-
do, nace el que la organización se halle más
sosegada y en mejor disposición de salud. El
agua es muy agradable, el aire más libre,
el conjunto más calmado, y aunque el cielo
se cubra constantemente de neblina en los
días de verano, los agentes circundantes
parecen más adaptables a un buen estado fí-
sico y moral que en Amalfi.

Tanto la Vibora,
a su paso por la Viborita, como el riachue-
lo San Agustín, llevan oro en sus arenas, y
ambos ruedan sobre aluviones metalíferos.

El trabajo ejecutado en diversos sitios ha
desfigurado la uniformidad del suelo, ya
con las escavaciones naturales de los cana-
lonés, ya con promontorios de piedra rodada,
removida al tiempo de la explotación y
depositada a los lados de la labor.

Como propiedad
de campo, y sobre todo como propiedad de
recreo, lo último hace perder mucho a la tie-
rra bajo el doble sentido de la belleza y de
la fecundidad. Esos cascaderos no son cultiva-
bles sino en raras puntos y allí hacen feo
parangón con el aspecto muerte y apacible de la
pradera. Sobre esa llanura pacen algunas vacas
muy lucidas, caballos, cerdos etc. y viven en la
más completa familiaridad y abundancia, pa-
ros, gallinas, palomas, gorriones y gansos. Los ele-
mentos de nutrición no son de fuerza y ener-
gía naturales; pero los agentes de vida en otros

sentidos, y lo ancho del campo ~~que~~ ^{que} ~~tena~~ ^{tena} que
toda á cada sí en un cortijo tan grande,
supten bien la primera falta -

La Vitoria, que arrastra oro del la-
do de Smalpi, y el San Agustín, que se une
á ella en ángulo recto, y que ha debido re-
presarla un poco en remotas, y acaso simul-
taneas avenidas, han producido el fenómeno
de recoger gran copia de metal hácia la
base de la cordillera del lado del Este. Así ha
sido en efecto, porque en poca extensión y en
poco tiempo, se ha sacado en ese lugar la gor-
da suma de Cuarenta mil pesos -

Estos pormenores los
hemos dado, no sin motivo, porque deseamos
llamar la atención sobre lo que positivamente
puede llamarse industria minera. Para llegar
á ser buin minero de oro corrido, se requiere
larga práctica, y hay en el negocio algo que pu-
diéramos calificar de intuitivo perfeccionado
por la observación. Los hombres dados al ofi-
cio, convien bastante bien la influencia de los
torrentes, de las inflexiones del terreno, de la con-
figuración del suelo, y de tantas y tan peque-
ñas causas aparentes sobre el grado de ri-
queza, que su voz en la materia es casi pro-
fética. Cuando alguno de estos hombres pierde en
una empresa, se sucede eso por olvido de las cir-
cunstancias que apuntamos -

La línea que circuns-
cribe la Vitorita prescindiendo de la entrada que
forma como ángulo el riachuelo San Agustín, pue-
de muy bien compararse á una parábola. Varios
amagamientos, es verdad, forman enseñadas al
rededor, pero son tan chicas que no mere-
cen la pena. Sin embargo, en ellas, es por lo ge-

neral más abundante el oro. El de esa localidad es de los más finos del Nordeste, y su precio en el comercio, bastante elevado.

Entre los diversos vegetales que posee la Viborita, hay, además de las palmeras mencionadas, una copiosa suma de azucenos de monte que decoran el prado, mandrinos abundantes que suministran sabrosos frutos, chaquiros de formas bellísimas y cucurbitáceas trepadoras con flor escarlata y encantadora. Hay una entre todas, que lleva su flor colgada de un hilo delgado, de unos 75 centímetros de longitud, cuyas ondulaciones, cuando está mecida por las brisas, ofrecen el aspecto más delicado y etéreo que imaginarse pueda.

Ya que tenemos agotada la materia de lo que puede llamarse la configuración de estos lugares, volvamos por un momento a Amalfi, y toquemos de nuevo, y con la circunspección que de manda un conocimiento incompleto, algo de lo relativo a su manera de ser Social.

Nos ha parecido que los amalfitanos son, en gran mayoría, personas amables, corteses y con toda la civilidad de que es capaz el hombre encadenado en estas breñas. La vida de relación es bastante activa: la plática sobre negocios se mezcla un poco con otras materias; la ciencia atrae su curiosidad, el comercio los trabaja, la industria los convierte en razonadores, la política los ocupa, y el porvenir relacionado con los ade-

tantos medanos les arranca mas de una
teoría. Hay sujetos verdaderamente instruidos
en la villa—

Si fuéramos á juzgar por lo que
pasa á nuestra persona, diríamos cosas li-
sonjeras y honrosas para varios individuos
de Amalfi. Nuestro deber es no herir la mo-
destia de los amigos ¡Dios vendiga y llene
de gracia á todos los que nos han pas-
sado! ¡Dios tome feliz á ese pueblo hos-
pitalario!

El cura de Amalfi hace pláticas
doctrinales. Sus discursos nos parecieron claros,
sensillos, fáciles de entender, llenos de caridad,
de tolerancia, de amor y de convenimiento.
Decimos con placer, que todo lo que le oímos
nos pareció Evangelio puro—

La escuela de Amalfi está muy
bien servida—

En resumen: Cura según el Señor,
escuela en buena dirección; aire, agua, tierra
y alimentos que pueden mejorarse; minas,
proximidad á rios navegables y terrenos
cercanos para cultivos: he aquí un poco de
lo que se requiere para poder lidiar con
la existencia en el mundo—

Número 6.º

Vallente. Riachón. Sabana
del Medio. La Cruz. Volcán. Cancán. Figres. Cu-
lebras. El Pantano. San Bartolomé. Sorpresa

Salimos de Amalfi pa-
ra seguir al Pantano ó sea Paso Real del San
Bartolomé, entre Toluquí y Cancán. Despidámonos

por ahora diciendo: que abstracción he-
cha de los lanares elimatericos que he
mos apuntado a esta villa, la gran ma-
yoría de sus habitantes conserva, en gene-
ral el tipo robusto y suelto de los an-
tioguineos de la buena raza -

La cordillerita que se se formando
el lindero oriental del valleito de Amal-
fi, es en opinión de los moradores del lu-
gar, como una especie de cordón sanitario
providencial, cosa que ellos manifiestan, le-
vantando la mano, señalando para su lado,
entendiendo los dedos, y diciendo: "de ahí pa-
ra adelante tierra enferma, tierra mortífera"
Fundados en esto, no vacilan en dar el hu-
manitario consejo de no seguir más en
esa dirección. En efecto, se tienen mucho mie-
do a Remedios, Canacán, La Cruz, Cascajo y
otros puntos que pueden clasificarse como
deletéreos -

Desmontada esa ciza, se recorre
enteramente al Oriente un camino faldoso,
y de encrucijadas; mas, pronto después, des-
de uno de los puntos salientes se alcanza
a divisar al pie un valle regularmente
extenso, no muy estrecho y regado por un
rio manso y no muy pobre de aguas. Llámase
el valle "El Rio arriba", y Riachón el rio
que lo baña

Cuando se llega a la orilla del
agua se tiene en frente y sobre la banda de
derecha, una espaciosa Manana cubierta de
grama y llena de ganado vacuno. Hay una
casa en esta dehesa, en donde vive un Se-
ñor E. Alvarez con su esposa, gente nonage-
naria, perfectamente robusta y de intelligen-

cia entera y completa: especie de patriarcas fundadores de la tribu, llenos de recuerdos, limpios de alma y presentando extraño contraste de longuidad con un sueldo tan contrario á la existencia humana! Qué años tan respetables y tan respetados por su familia!

El Riachón es y ha sido purgativamente aurífero desde sus nacimientos en el alto del Retón, hasta su desembocadura en el Torca. Recibe varios Torrentes de uno á otro lado, fuentes, arroyos y manaderos que le tributan con sus aguas grán copia de pagillas y granos dorados -

Después de haber cambiado por la derecha la banda izquierda del Riachón, seguimos aún, por algún trecho sus aguas arriba y siempre por la veega. Después nos inclinamos al Este, buscando el declive de la montaña vecina y anduvimos por tierra de aventaderos. En estos, el oro está debajo del capote como se dice vulgarmente, cubierto por una ligerísima capa de tierra y fácil para recoger por medio del agua, sobre la pua en que está, si podemos decir así á flor de horizonte. Los aventaderos no tienen cinta: no tienen aluviones ni son nuales en que el oro ha sido regado por las avuvidas, sobre el lomo de las colinas. Generalmente son muy ricos y se forman de riachuelos, cuyo cauce repite alguna vez, por consecuencia de un cataclismo diluvial, sobre las colinas. Esta es una teoría, que una teoría

bastante racional

Mas adá de la montaña que bordea la ribera derecha del Rio Chón, está otra hondonada por donde corren las aguas del raudal La-Gómez que se nos parece bastante al de Hegas-Anchas. En sus márgenes vimos un anciano, muy anciano ya, entroncado con la mayor nobleza del país, con la barba en la mano y sus blancas canas al oco, á la cabeza de una cuadrilla de peones frotoyando un aventadero. Ese señor, muy hábil en su profesión, jamás ha podido sacar lucro de ella; y eso proviene de que es muy cierto lo que ha dicho alguien antes que nosotros: "las minas son insidiosas, arruinan generalmente á los propietarios y enriquecen á los obreros." Atigamos la esperanza de que esto, que hasta la época presente, alcanza la veracidad de un axioma, se modifique algún tanto en pro de la industria del país.

Por el lomo de una caga, se pone el viandante en otro viento, encazonado al Este de los anteriores en ese enrejado de cordilleras. Llámase Matato: tiene poro más ó menos la misma figura que la explanada de Amalfi; pero es más estrecho, mas reducido y más estéril. A pesar de ser una parte llana, y de tener un raudal que lo recorre por en medio, no gana las condiciones de una buena tierra vegetal. Se ha querido hacer allí un pedio rural, con establecimiento de agricultura; pero la casa está en ruinas, las sementeras no se ven y los ganados están en el caso de las sementeras. Unas po-

Las matas de plátano rodean la habitación, cargadas de hermosos racimos, y son las únicas que sacan con honra el vigor, no diremos del suelo, sino del clima estimulado por los abonos y desperdicios domésticos.

Subir y bajar sigue siendo el oficio del transeunte durante la continuación del viaje; más es preciso decir, que hasta tanto, que por una legua más de camino se llega a la primera loma rara de las de Cancán, la cosa se hace siempre por montañas cubiertas de bosque, en que el cuerpo se refresca con la sombra de los árboles; el oído se distrae con esas vagas armonías de la selva, entorpecidas por el rompimiento de las brisas cuando faltan los acentos suaves y melodiosos de la garganta de los pájaros; y el ojo se entretiene y divierte en la contemplación de una flora lujosa, variada y sin guarismos. En efecto, es lamentable la pobreza del reino animal especialmente en aves, por aquellos sitios solitarios.

Llegamos ya a las lomas de Cancán y en la parte eminentemente de la primera encontramos con un grupo de cruces toscas de palo. El suelo está excavado en forma cuadrilonga, en diferentes partes, la tierra remocida frescamente en unos puntos, asentada y llena de abrigos en otros. Es un cementerio de camino público, lejos de toda población y de todo campo-santo de parroquia. No es el solo lugar de esta especie que he encontrado y los encontraremos en gran número. Es triste, muy triste la contemplación de estos

síticos con la fatal idea que les va uni-
da. El aire abierto y animado que toma
la fisonomía, movido por los pequeños y
grandes incidentes de la peregrinación, de-
saparecen como por ensalmo al tropel
con un grupo de sepulcros, tirados como
por azar, encima de estas montañas. El
corazón se contrae y duele; el espíritu se
humilla; el alma viste de luto, ora y medi-
ta; y la lengua, o se paraliza o murmura tris-
tamente algún suplicio. Una multitud de
hombres que van y vienen, que se agitan
empujados siempre por algún motivo man-
dado, sin atacados por la dolencia en es-
tos climas insalubres y sin asilos de
caridad. La muerte los sorprende mu-
chos veces, sin más reclinatorio que la
tierra dura del camino, sin más ca-
becera que la piedra o el césped de
los campos, sin una gota de agua que
humedezca sus labios, sin una mano ami-
ga que los sostenga en su debilidad, sin
un remedio que mitigue sus dolores, sin
una palabra de amor, sin un acento de
bondad. ¡Cuántos habrán visto volar así
el último soplo de su existencia, envol-
to en el recuerdo punzante de un hijo
que será huérfano, de una esposa que-
rri-da sin consuelo, de un padre anciano
sin apoyo. ¡Oh! Eso debe ser soberana-
mente desgarrador.

Estos comentarios me
están melancolizando más de lo preciso
¡Por á los vivos, gloria para las almas
y conformidad con los Decretos del Todopo-
deroso!

Des-

de el momento en que se abandona el bosque y se sale a campo raso, se divisa una grande extensión de Territorio de un carácter enteramente distinto del que se ha traído hasta entónces, por lo menos en cuanto a su apariencia exterior.

El nuevo, es un terreno doblado y sus dobles tienen como señales peculiares tres condiciones que lo hacen perfectamente claro: 1.^a Un conjunto de lomas cubiertas de gramínea tupida y regularmente fértil de verde claro durante la estación de las lluvias y de amarillo mortecino al fin de los veranos; 2.^a De quiebras o cañadas más o menos profundas que separan las eminencias anteriores; y 3.^a De esperas selvas empuestas de árboles lozanos y variados que llenan los vallecitos constituidos por la separación misma de las colinas.

Todavía después de haber pasado dos o tres de estas peladas lomas, entre las cuales se encuentra la de Altamizal, el viaje se sigue hacia el Oriente; pero bien pronto se hace un cuarto de conversión sobre la derecha, se deja a la izquierda el camino que conduce para Remedios, y se pone el frente para el Sur, cuando se pretende buscar el Pantano o Paso Real del San Bartolomé como lo llamaron los viejos.

Sería tarea sobrada enfadosa, calificar con sus nombres de bautismo cada uno de los puntos con que se va haciendo conocimiento. Nos contentaremos, pues, con hacer mención de los principales y para cumplimiento del programa, diremos de paso que

vimos la loma de Naranjito, el Monte-Largo, Tabara-del-Medio, el rio Volcan, el arroyo de San Martin que se le une y el sitio donde estaba Cancán y estan sus ruinas -

Las curvas irregulares y dificiles de seguir aun en la vista, formadas por la interseccion de las colinas, tienen casi todas verdes pastales, arboles frondosos, arroyuelos, fuentes de alguna consideracion o cuando menos cenagales reducidos o mucha humedad aparente. Algunos de esos arroyuelos ruedan por sobre la tierra con un paso tan lento que mas parecen charcos o pequenos estanques. En varias, la superficie esta cubierta por una pelicula amarillenta, rojiza o verdosa, cuya continuidad se rompe a veces, para dejar escapar una burbuja de gas extralado por la fermentacion putrida de sustancias animales y vegetales depositadas en su fondo. Cuando se conoce la significacion que encierra ese leve fenomeno en los climas de los tropicos, la imaginacion del observador cree percibir, recolonizando sobre esa debil atmosfera, nubes de veneno, miasmas pestilentes, fiebres de todo genero, y la muerte dominando como reina y senora del circuito. En efecto, las alturas de Cancán no se pueden llamar eminentemente mortiferas; pero en los cañadas tiene la fiebre con todos sus funestos atavios. Ademas de eso, lomas y hondanadas, son fertiles criaderos de serpientes ponrosas. No hay mucho mosquito, pero no faltan. Hay calor sofocante en las partes bajas, hay aire fresco en las alturas y por consiguiente rompimiento permanente de equi-

libre en la temperatura del cuerpo. Hay
tigres también, y no pocos. Para coger algunos
de estos animales, ponen trampas en los
lugares más frecuentados por ellos. Las tram-
pas consisten en recintos hechos de gruesos
maderos clavados fuertemente en tierra, que se
ligan por atravesanos horizontales, completamen-
te cerrados por encima, divididos en dos cel-
das incommunicadas por un tabique, y de las
cuales, una sola tiene puerta leudiza suje-
tada por un resorte de cuerda, y dispuesta de
tal modo, que el animal al entrar fija el
resorte y se encierra por sí mismo. Este es
atraído por el celo de un ternero, un cordero u
otra víctima encerrada en la celda vecina y
en busca de la cual va.

Dicen que son
de oírse los ruidos que da el infeliz pri-
sionero y de ver sus manotadas contra los
varales del cercado hasta tanto que los caza-
dors llegan con una algarara horrible y lo
acribitan á lanzadas ó balazos.

El río Volcán nace en
las cumbres del Cerro Rato-de-Chucha, des-
ciende por sus faldas, recorre las cañadas
de las lomas de Cancán, recibe entre otras
las aguas del riachuelo de la Cruz, y de-
posita las aguas en el San Bartolomé. Su cauce,
sus vegas, y aún muchos de los cerros próximos
contienen oro de buena calidad. Estas minas fue-
ron explotadas desde tiempos muy remotos, y
contribuyeron con las de La Cruz, San Andrés, La
~~Candelaria~~^{Candelaria} y las de San Bartolomé á poner á
Cancán en un estado medianamente pro-
prospero.

Cancán,

aunque sobre la cordillera misma, o mejor dicho, en su falda, parece reclinarsse un poco sobre el recostadero de la masa principal de la montaña y descansar por su base sobre la tierra colorada de sus lomas. Por regla general, todos estos terrenos, aunque desmenuados y de aspecto escabro sobre las alturas, son grandemente férciles, y por regla especial, Cancán y sus cercanías van á la vanguardia.

¡Qué contraste tan melancólico se presenta al viajero al contemplar ruinas de pueblos que no han recorrido sino una existencia pasajera y transitoria! Oyendo hablar á los viejos que han tenido el arroyo de sobrevivir á tanta causa ruinosa de destrucción corporal, está uno inclinado á creer, que ésta ya muerta parroquia, fue algún día cosa de entidad y de importancia. Nada de eso, sin embargo; Cancán fue en tiempo de su grandezza una calle larga de algunas cuadras, con casas pajizas de uno y otro lado y una mala capilla de tapias y tejas en una plazuela de miserable aspecto. Abastecida de víveres debió estar, por la bondad de sus tierras de cultivo y algo rica en oro, por la explotación de sus minas; sus habitantes debieron ser bastante caratosos y tentunientos, y la vida no alcanzaría jamás las condiciones precisas de comodidad y holgura, atendidas sus circunstancias topográficas. Su temperatura media es aproximativamente de 21.º centígrados y su elevación sobre el mar 1469 metros.

Hoy no quedan de

este pueblo sino tres casas papigas y los
restos de una vieja capilla. Esos restos quie-
bran el corazón de pena por el sin número
de avispas, hormigueros y comejenes que
han jurado dominio en sus paredes y te-
chumbres.

El verdadero motivo del acata-
miento definitivo de Cancún, nos parece un
poco complicado en sus detalles, pero ello es
cierto, que cuando la entrada de Warden el
año 16, y el negocio risible de la Patria Boba
y de las trincheras de Linares, los pobres ha-
bitantes de Cancún a la noticia de que el
Ángel del juicio había tocado la corneta so-
bre la Cofa alta, abandonaron liras y pena-
tes, y se refugiaron en los puertos del Cen-
tro del Estado. Después, aunque la cosa no
salió cierta al pie de la letra y aunque
Córdoba vino a enderezar el Puerto, la ma-
yor parte de ellos no quiso regresar a la
cara patria. Probablemente no les porció co-
sa de mucho provecho.

¿Por qué se acabó esto?
se pregunta a alguno de los restos mortu-
los que aún subsisten por esos campos.
Tenor, responde; esto se acabó por causa del
tigre, de las culibras, de los tabardillos y del
chulco. Chulco en el vocabulario de los nego-
ciantes, quien decir, dinero a interés!! y qué
interés!! Imposible para nosotros entrar en este
escrito en los pormenores de las abominaci-
ones a que ese género de adquisición da lu-
gar en el país; en enfermaria el alma y
no queremos ni pretendemos hacer la his-
toria patológica de la moral humana.

Muchos puntos de los

del tránsito tienen á los lados del cami-
no grandes pinales debajo del bosque.
Parece que esta planta hubiera sido culti-
vada por los antiguos habitantes en sus
huertos y heredades y que ella hubiere so-
brevivido al aniquilamiento de la población,
por haber encontrado un medio de existencia
en armonía con su modo de ser. De ra-
to en rato, el viajero es inundado por las
aromáticas exhalaciones de ese noble y cues-
lento fruto. El ojo se posa con agrado so-
bre esos ramilletes de verdura coronados
por su borla amarilla rugosa y terminada
por una expansión uniforme de hojitas que
representan el nuevo germen que nace de
las ruinas del que va á concluir. En
Tutiquia atribuyen propiedades tóxicas á
las pinas; pero pensamos que en ello no
hay razón; -antes por el contrario el subici-
do de su jugo nos parece adecuado pa-
ra calmar con provecho las irritaciones de la
sangre, comunes en los países calientes. Dis-
cernir la época oportuna en que estas frutas
deban tomarse, elegir las en sazón y no abu-
sar jamás, he aquí el buen reglamento que
debe regir en tal caso. Lo que se dice de
pina á este respecto, debe entenderse de to-
das las otras frutas análogas. Por incuria
sin ejemplo, reprehensible aún, se ve que el
abandono en el cultivo pasa todo límite y
que el hombre de las tierras calientes, aba-
tido por la pereza, desdéná sacar provecho de
toda fuerza natural, fuerza tan profusa y
llena de generosidad en los trópicos cuando
se trata de la vegetación. Pueblos hay, y mu-
chos, en que una naranja, un limón ó un agua-

cate son artículos raros, y esto en lugares en que su producción sería fácil ó espontánea tal vez. No nos admiramos de esto, no echamos menos el esmero para creación de efectos, ó de puro ornato ó de agrado, tomada en que los de primera necesidad para el mantenimiento de la vida corren la misma suerte.

Hablando de otra producción espontánea y natural de esas que el Buen Dios dispone en mano pródiga y benéfica en el teatro de sus criaturas, diremos que en todos esos bosques crece la vainilla de un modo asombroso. Su fruto, es verdad, no se utiliza porque la inteligencia y la población faltan para atenderlo debidamente. No obstante, tiempo vendrá en que las crecientes necesidades del país provoquen este ramo de industria tan benéfico hoy para otros lugares del mundo.

Un poco al Sur de Cancún se para el riachuelo La Cruz, y se ven en lo alto y bajo de él, vegas admirables por su fertilidad y su belleza. Ese riachuelo corre al Oriente, se reúne un poco abajo con el Volcan, y nace sobre la cordillera de un punto llamado Rizaraldá. Es grande la fama de riqueza aurífera de que ha gozado antes, y hoy mismo, sus minas prometen mucho. Al pasarlo, no falta algún compañero que recomendarde mucha cuidado para no dejarse humedecer por aguas de este torrente. Se cree entre los traficantes de esos lados, que sería más fácil tocar la luna con la mano, que escapar á la fiebre después de haber mojado el cuerpo en la quebrada de La Cruz, ó bebido sus

aguas. Esta funesta memoria, es preciso
advertirlo, no es primitiva de La Cruz, se
atribuye a muchos otros rios y torrentes. Sin
negar la fuerza y corrientes que en el fon-
do alcanzan estas opiniones de temor, me-
sotas desconfianzas más en estos parajes,
del influjo mortifero de los cortes depón-
tos de agua, que de las grandes corrien-
tes. Con más tranquilidad tomamos el agua
de La Cruz o del Volcán o nos banamos en
ellas que en cualquier otro riachuelo enol-
vado y lento de los contornos.

Cuando se deja
atrás el riachuelo de La Cruz en sus gra-
cias vegas, se alterna en una serie de emi-
nencias, quiebras, laderas, matorrales, canchales
y cuchillas, hasta llegar a las partidas del
Capitán Sebastián Moreno, así apellidadas por el
nombre del Capitular de los terrenos del
Pantano, antiguo vecino de Cancán. A más
andar, se corona el alto de La Mata, se
tiene en frente la curva profunda del San
Bartolomé y se pide alojamiento en el case-
río. Llegamos de noche.

Habíamos oído hablar
con lastima y temor al mismo tiempo de
la pobreza y miseria de los habitantes del
Pantano, de su escasez, su penuria, su exi-
güedad de recursos y la inopia completa
de su tren de vida. Esperábamos dormir la
mala noche del caminante y comer el sa-
no pan del peregrino. Nada de eso: la ce-
na nos esperaba, pero con espléndida y
suntuosidad, el lecho blando areado y cómodo,
la hospitalidad delicada. El almuerzo del
siguiente día fue opíparo y casi regio; la co-

mida digna del mejor restaurador de París
y de lo más delicioso. Sorprenderá el lector á
estas alturas: sopa de Tallarines con salsa
esquisita, carne á la inglesa; pollo á la ma-
rengo, pastas gratisimas, confites, cremas,
leche fresca, pan blanco, café aromático y mu-
chos manjares más por el estilo; todo ello era
capaz de hacer pensar en los prodigios de
las mil y una noches. ¿Mentira lo dicho? No,
una señora dirigida y la cocinera, viuda negra
esclava de los brujas por más de 25 años, era
quien había adobado el festin y puesto en él
todos los secretos de su antigüedad y noble prác-
tica. Las mujeres solos saben hacer estos mi-
lagros y los hombres nos pintamos para sa-
car provecho de ellos.

Número 7º

La tetuda El Pantano. El Ce-
no ~~de las Tetas~~ Paisaje. El San Bartolomé. Mi-
nerales.

Los terrenos del Pantano tie-
nen diseminados á largos trechos varias ha-
bitaciones paginas de desastrosa apariencia por-
nocientes en su mayor parte á los restos de una
Cuadrilla de esclavos que los primeros poseedores
del lugar tuvieron para la explotación de las mi-
nas y para la labranza de la tierra. Los negros
y mulatos viven en completo estado de mise-
ria, visten mal y por toda su persona se
pasea esa sombra, impalpable pero visible de
la mendicidad. El poco oro que en los maramo
breos recogen penosamente, no alcanza para
la satisfacción de sus pocas pero urgentes ne-

ceridades. Los más viejos, conservan aún el
aire suelto y medio ladino de los semi-
deces de casas ricas; pero en general, to-
dos ellos están sumergidos en una igno-
rancia digna de peor causa. Esta propie-
dad, medio minero y medio rural, fue
adjudicada antiguamente por capitulación,
al Capitán Sebastian Moreno, y por muerte
de éste a un señor Saldarriaga. Su situa-
ción entre dos pueblos, Solomé y Cancán,
sus pastos naturales nutritivos y abun-
dantes, y el oro contenido en sus aluvia-
nes, lo llamaban a un buen porvenir; pero
las causas mismas que uniguieron a
sus vecinos, lo redujeron al estado la-
mentable en que se encuentra.

El circuito está limitado
naturalmente al Sur por el río San Bar-
tolomé que tiene un puente de regular
construcción, y muy útil para los viajeros
que van a Remedios o vuelven de allá.

Este río San Bartolomé
nace del alto de "Contento," tiene un curso
aproximativamente oriental y desagua cerca
del pueblo de su nombre en el Magda-
lena en donde se hace navegable por un
corto trecho. Por ambos flancos recibe varios
ríos y riachuelos que enriquecen sus arenas.
Para tener una vista espléndida,
es preciso ascender al cerro ~~de~~ ^{La} "Jatuda"
eminencia que en medio de todos esos de-
bleces se tiene, sobresale atrevida y se
eleva a grande altura. La vereda que em-
duce, girando para el Oriente, hasta la ci-
ma del Cerro, sigue las alternancias
presentadas por las ~~infrantunidades~~ ^{quebradas} del

suelo hasta un punto que puede consi-
derarse como la base de la montaña. De la
base en adelante, la línea es larga y casi
vertical, se curva un poco, se anda en
zig-zag hasta que por fin se llega
al punto Supremo.

Un poco antes de de-
minar la cuspide, la Tierra desmenuada de-
ja visible un gran peñón, constituido por
la roca eterna y uniforme de estas es-
trías que es la sienita granitoide. El
paso de la mula desenvuelo un ruido hue-
co, timpánico y medroso, porque sin duda al-
guna los fragmentos de piedra, mal unidos
en el interior, dejan vacíos espacios que pu-
den producir esta resonancia y este eco que hacen
temer un hundimiento. Si algunos matachales,
el pasto y una débil costra de tierra no sir-
vieron de manto a estos enormes pedernales,
la piedra del Peñol y el Peñol de Riochico, se-
rían poca cosa en comparación de la enor-
me masa que sirve de núcleo a este eleva-
dísimo farallón de cordillera.

El día era de
verano y bastante despejado de nubes para
poder contemplar ventajosamente el paisaje,
objeto único de nuestra ascensión.

Ya en la cima se ve claramente
que el espacio que se abarca con el ojo es
una vista de mapa-mundi y que las char-
las y habladurías de la gente que recomien-
da el paseo, no son hijas de la exagera-
ción habitual de nuestro carácter.

Como la mayor parte de los
cerros que rodean a éste, le son muy in-
feriores en altura, resulta que los más ele-

40

vados, puestos a una gran distancia, permiten al observador la exploración fácil y sencilla de una vastísima y dilatada superficie. Habiendo alguna vez criticado esas vistas imaginarias a que se refieren los viajeros, hablando de tal o cual eminencia, no es sino con algún temor, como vamos a entrar en la enumeración detallada de lo que en esta parte vimos, porque positivamente hablando, pensamos que nuestra simple referencia, forma una lección de geografía medianamente útil. Avancemos, para alivio de la conciencia, y para sincerarnos del cargo que pudiera hacérsenos, de caer en contradicción, que, a pesar de nuestras vagamundeadas superandinas, nunca estuvimos en un punto más ventajosamente colocado para ver grandes y muchas cosas. Además, es negocio que puede rectificarse, dándose el placer de verificar esta agradable correría.

Echando la vista por el Oriente, se ve, como pegada al Cielo, una gran faja azul constituida por el cuerpo de la Cordillera oriental de los Andes y en tanta extensión, que se puede asegurar que en un día bien despejado y armado de un buen antepejo, el geógrafo podría, si no percibir distintamente los lugares, si por lo menos, designar con aproximación el trazo de cordillera que corresponde a los Estados de Boyacá, Cundinamarca, Magdalena, Santander y Tolima. Prescindiendo de los accidentes físicos que la falda occidental de aquella montaña pueda presentar en su entente al gran río Colombiano,

que surped á su pie, ayaquemos que allá
muy lejos y en la misma dirección del Este,
vimos con claridad varios puntos blancos
sobre cuya superficie parecía rictor la luz
del Sol en el zenit. En uno de esos, que
remetaban estanques ó lagos, divisamos un pun-
to de color rojo, que contrastaba singular-
mente con el fondo verde y apasible de aque-
llos interminables bosques, y con el azul
sereno y quieto del firmamento que le sir-
ve de bóveda. Ese objeto presentaba la forma
de la fachada de un gran templo, y hubo al-
guien en la partida, que dijo candorosamente,
en contra de todas las leyes de perspectiva, que
era algún cany de conchero de tabaco. Con
un regular anteojo, nos persuadimos de que
los puntos blancos, eran las partes visibles
del Magdalena en sus diversas curvas y el
cany del compañero, la Barranca Bermudez cer-
cana á San Pablo -

En las 25 leguas de espacio
que promedian entre el Magdalena y el paraje
de que hablamos, se extiende con aspecto vario
y caprichoso, un terreno cubierto en su mayor
parte por la selva primitiva y lujosa, pecu-
liar á la zona tropical. Todo ese trozo de Terri-
torio se halla todavía inexplorado y es á lo
más, si la planta del hombre lo ha pisado
por primera vez. Pequeñas y mal dibujadas
sombras, borrosas imperfectamente el curso
de las aguas; ramilletes de árboles frondo-
sissimos esparcidos acá y allá, muestran de vez
en cuando el mayor grado de fuerza de vege-
tal que se desenvuelve en algunos sitios; pero
por en medio de ese conjunto de vida orgá-
nica, el pensamiento penetra en las entrañas

del lugar y encubren sus riquezas. El
oro acumulado por las aguas y depositado
durante mucho tiempo en el lecho de los
ríos, debe ser inmenso en cantidad, porque
los cerros Superiores, han debido manar-
lo por torrentes; las maderas, las resinas,
las plantas medicinales, las flores, los mi-
nerales de diversas clases, los insectos, los
reptiles, las aves, los cuadrúpedos y los
caprichos mil, que se entretiene juguetona
y traviesa en producir la fuerza natural,
deben formar en esas soledades un her-
moso espléndido, raro y fecundo para el
estudio. Desgraciadamente esa naturaleza hos-
til y enfermiza, miasmática y perniciosa,
enemiga del hombre y de sus esfuerzos, se
defiende quieta y silenciosa, pero fatal y
terrible. Sin embargo, el turno le llegará y esa
hoja inédita del gran libro Americano
mostrará entonces claros y limpios los te-
soros que encierra y se rendirá abatida
a los reiterados esfuerzos, a los constan-
tes ataques de la perseverante y tenaz
actividad humana.

En la misma direc-
ción y desde el asentadero que sirve de
descanso a la montaña, hasta cinco ó seis
leguas dentro de la floresta virgen, se per-
siben algunas aberturas caprichosamente on-
duladas y tenidas por los rayos del sol,
con un amarillo-gualdo sumamente vis-
toso y pintoresco, por el contraste que ha-
ce con el verde concentrado de la arboleda.
Eros parajes dorados, son la prolongación de
fallecida y moribunda de las montañas de Cancán.
Hay una que lleva el nombre de "Puerto-viejo"

porque, cuentan las tradiciones, que allí hu-
bo formada antiguamente una vivienda es-
pañola.

Esto se ve mirando hacia el Orien-
te; pero si se desvía la vista al Sur y se
lleva hasta los últimos límites de su alcan-
ce, se logra distinguir un copioso laberinto
de montañas, de valles y de sitios desta-
cados a lo lejos, que el ojo bien educado del
viajero antioqueño percibe y define bien aún
a distancias incommensurables. El páramo de
Tonsón, Las Palomas, Los Parados, San José, Capiro,
Vallejudo, las ensenadas de la Ceja, Retiro, Riv-
negro, Carmen, Santuario, Pinel, San Vicente, Gua-
ne, Concepción, Santodomingo y Golombó, pueden
deducirse perfectamente en muchos de sus
detalles.

Para el Occidente el paisaje se li-
mita un poco; mas no tanto que no pue-
da verse bien el rastro medio vapo-
roso de la cordillera Occidental de los An-
des americanos que nos separa del Cho-
co. Santa Inés, Quebraditas, Yarumal, Campa-
mento, la mira de los Osos, Riquión, Carda-
na, Verduga, Risaraldó y Contento, son líneas
y perfiles de un gran cuadro que se con-
templó gustosamente con toda la nitidez y
claridad de sus formas, como al través
del lente claro de un cosmorama. Los picos
y sinuosidades de las sabanas de Canaan
se ven al pie con todos los pormenores de
su interesante estructura topográfica.

Del lado del Norte la obser-
vación empiezo por los últimos
de ese horizonte dulce y vago, que
a lo lejos la superficie anchurosa del mar; pe-
ro en los confines

42

ro los objetos no comienzan á dibujarse perceptibles, sino sobre la cúspide del cerro Tamar, sobre las serranías del Baque y del Sacramento y las montañas de Guamoú. De resto, desviando un poco de lado y lado, Zaca, Cruces, Anorí, planicie de Remedios, Cerrogrande, Montebello, la Cofa Alta y las protuberancias rugosas de Cancán, son pormenores que la vista comprende y abraza con extrema facilidad.

Lo dicho da á entender que de ningún punto del Estado puede verse de una sola vez parte mayor de su territorio, y hace comprender al mismo tiempo, que en ningún libro, en ninguna carta corográfica, en ninguna explicación, en ninguna escuela ni en ningún colegio, puede proporcionarse una lección práctica de geografía física, más elocuente, más útil y provechosa.

Después de esta revista general descendamos á la fetigraña del Circuito -

El río San Bartolomé cuyo curso hemos definido y cuyo nacimiento está, como ya lo hemos dicho, sobre el cerro de Contento, derrama sus aguas para el Oriente, en tanto que el raudal Cancana afluente del Porce, nace de la misma cordillera y se desliza para el Occidente. De esta circunstancia hidrográfica, puede colegirse aun sin necesidad de visitar el terreno, que ambas aguas deben correr por hondonadas ó valles. á lo largo de toda su carrera. Ahora bien; como una y otra vierten de la cordillera que separa la hoya del Porce de

la hoya del Magdalena, y como en el punto de su nacimiento, este gran ramal andino hace una falla de muchísima consideración, se tendrá, que andando de Medellín, citados 18 o 20 leguas al Sur de ese sitio, se se transita por la ladera de la montaña, ascendiendo gradual y lentamente, se llegará al vallecito de la "Carcana" en su parte superior sin grande esfuerzo y sin hacer muy pendiente dicho línea en parte alguna. Del punto superior del vallecito de la Carcana se ascenderá la montaña con un trazo especial bien dispuesto y sencillo, hasta ponerse en las primeras vertientes del (San Bartolomé que están cercanas. En adelante, la línea irá por sí misma bordeando el río hasta su desagüe en el Magdalena, y de esta manera recorrerá desde Medellín con trayecto en el cual el cambio de nivel en ascenso o descenso no subiría jamás de un $\frac{1}{4}$ de un pie $\frac{1}{5}$ por ciento. Todo esto se obtiene con muchísima facilidad desde el punto de atalaya en que ahora estamos colocados, y si era línea imaginaria para nosotros, fuese reemplazada por un buen camino para Antioquia, el porvenir sería más lucido, más brillante y más consolador. No hablamos de un ferrocarril, aunque la Legislatura haya anticipado esta idea y aunque nuestras creencias se inclinen a su practicabilidad más o menos tardía. No hablamos tampoco de una simple comunicación por ruedas, porque estamos persuadidos de que el pésimísimo saldría de la parada, y gritaría lo imposible. Proponemos llanos y bucnamente un camino de herradura. Lo demás vendrá con el tiempo -

Como

no la línea de que acabamos de hablar no
pasa por la Quiébra propiamente dicha y
como ésta esté bastante rebajada entre los
nacimientos del río Torito y los del Nus,
se comprenderá fácilmente que por este punto
puede pasar un buen camino análogo al an-
terior -

Conviniendo en la exactitud de este pro-
samiento, por ciertos aspectos, exponeremos que
en nuestra opinión, ambas vías tendrían en
su principio el inconveniente de la insalubridad
del clima; pero que la primera tendría so-
bre la segunda, la ventaja de salir a un punto
más fácilmente navegable del Magdalena, y la
de atravesar por terrenos más fértiles, más
bellos y de superior importancia. Se puede ver
claramente la imaginación contemplando el cua-
dro que empezaría a desarrollarse para In-
tografía el día en que un buen camino pu-
diera en contacto el interior del Estado con un
río cualquiera navegable, que permitiera llevar
los productos naturales de su suelo a los
mercados extranjeros.

Ciertamente, si se tratara
de un canal de hierro y la obra se in-
tentara, sin más recursos que los propios del
país, el asunto sería bárbaro, ridículo, absurdo
aun en su simple enunciaci6n; pero si por
medio de un contrato, el Estado contribuyera
con su territorio, con una parte de su per-
tenencia industrial y con indemnizaciones ase-
guradas, no vemos por qué, capitales extran-
jeros, no considerarían simpatícamente la obra,
no la adquirirían con interés y no le consa-
graran una parte de la fuerza sobrante que
hoy tienen en Europa y en los Estados Unidos.

del Norte

El derridito que nuestras frecuentes revoluciones han echado desgraciadamente sobre nuestro nombre, ha sido, digámoslo en justicia, muy bien merecido; pero, ó nosotros, estamos ciegos, ó notamos y creemos ver en el espíritu de nuestras poblaciones, cierto sentimiento de odio por las revueltas, un vago acento de anatema por las revoluciones, y un culto casi religioso por la paz. Si nuestro cálculo es exacto, y si los pueblos protestan como soberanos contra la guerra civil, si aclaman la independencia y seguridad del trabajo, si establecen la soberanía de su voluntad y de su derecho en asuntos de orden, de moralidad, de propiedad y de seguridad: entonces ganarán un poco de respeto entre las naciones poderosas; su decoro social los recomendará, sus esfuerzos serán protegidos, el comercio se desenvolverá en formas consoladoras, la industria abrirá sus alas, la libertad sentará su trono legal en nuestra patria y la idea de empresas colosales como la que nos arrastra á estas reflexiones, no hará correr sardonicamente á los pesimistas.

Si á una sociedad cual quiera, le fuese dado adquirir de una vez y sin andar en pormenores, toda la libertad, riqueza y civilización apetecidas, la cosa sería adorable y el fenómeno tocaría en la categoría de los milagros. No es así; la libertad, la riqueza, la civilización y el bienestar, piden imperiosamente el tránsito indispensable de la humanidad por una línea peligrosa y difícil, por una escala graduada, cu-

esos pasos no se atropellaran jamás impunemente y sin peligro de un choque que la quebrante y aniquile. Los hechos piden orden, la marcha progresiva del hombre hacia la perfección, quiere y exige método y cautela, los brinco inconsiderados, los saltos atrevidos, los vuelos imprudentes, rompen la estructura del cuerpo social mucho antes de haber arribado a las playas prometidas del progreso.

El suelo antioqueño no es feo sino en puntos dados y tal vez no muy extensos; sin embargo, como el relieve del territorio es tan variado en su superficie, tan rico en multiplicadas temperaturas, tan fecundo en distintas producciones, el carácter de sus moradores tan emprendedor, tan enérgico, tan perito y tan sutil en negocios de provecho personal, pensamos con gusto, en el vasto campo que se abriría a su actividad, el día en que teniendo medios de exportación para sus frutos, pusiera en juego toda la fuerza de su ser y propensiones. Para nosotros, generación vieja, enferma en lo físico como en lo moral, gastada y consumida por las costumbres y contiendas anteriores y por el soplo de muchas pasiones, es ya tarde. toca a la generación nueva, a la juventud rescatada a nuestra costa, redimirse con nuestros pasados dolores y sufrimientos, entrar valerosa en la contienda, moralizarse con la paz y con el trabajo, apoderarse de la buena semilla, fecundarla con esmero y proclamar como suyo el porvenir.

Desde la orilla misma del

Magdalena hasta las cumbres de esta cordillera, la superficie cultivable es muy extensa y todo lo estamos dominando con los vestidos. Lo que en este sitio brinda ocupación para millares de brazos, se repite con frecuencia en todo el ámbito de Antioquia. El cacao, el tabaco, el añil, el café, la caña de azúcar, el maíz, la vainilla, el plátano, el frijol, las papas, la eschudá, el trigo, la yuca e innumerables árboles frutales, que mantenidos con esmero y educados convenientemente, darían copiosos frutos por dondequiera, traerían como resultado una gran suma de bienestar para este pueblo naciente.

No pretendemos formar cuadros ricineros e imaginarios sobre lo que espera Antioquia en su parte minera, agrícola y comercial, porque todo eso nos lo dan fabricado año por año las memorias oficiales y porque basta poco al giro de nuestros apuntes, la seriedad del economista o el ambiguo brio del poeta. Nosotros apenas la echamos de rasonadores por afición y de porteros por oficio.

Sin embargo, fuera es confesar que la permanencia en estas alturas como que desvanece un poco y arrastra a la somnolencia. Tal vez el aire enrarecido de las montañas, torne vaporosa la imaginación y la conduzca a los delirios y a las alucinaciones. Bolívar soñó sobre el monte Sacro, volvió a soñar sobre el Chimborazo; ¡pero quiénes! Si fuéramos a citar todos los señadores sobreandinos, no acabaríamos. Es tiempo de bajar y de volver a la posada.

Las hoyadas metidas entre las tomas de Canaán, son, al decir de los conocedores, sumamente auríferas; pero como sus pla-

nos conaxionados unos con otros, por la se-
paracion misma de las cuchiadas, presentan
una cortisima diferencia de nivel, la explo-
tacion de este oro es casi imposible, al me-
nos por ahora y por los procedimientos ordi-
narios. Por el sistema de sacas, haciendo
grandes hoyos hasta llegar a la peña, se
podiera conseguir este intento; pero aun asi,
la operacion seria sobrado dispendiosa, ha-
bria que extraer el agua con mucha len-
titud, el establecimiento de un juego de bom-
bas seria muy dificil y el costo al fin
mayor que la ganancia. Esto espera la
ayuda del vapor y la electricidad en sus
mas simples manifestaciones.

Numero 8º

Enfermos - Cascajo - Trincheras de Linares -

Por la mañana, antes de
la partida del Pantano, se vino sobre noso-
tros, en peloton, la mayor parte del gentio
de los contornos y se nos vino en calidad
de enfermero en busca de vacas. A juzgar
por el numero de casuchas elevadas en
esos parajes, se puede afirmar, sin temor
de engano que entre todos los moradores
de este desdichado suelo, no hay un diez
por ciento que no tenga derecho perfec-
to a una cama de hospital.

Por regla general, todos
los individuos de los parajes ardientes y calien-

des como éste, tienen una fisonomía marcada por el padecimiento. Son personas por lo regular flacas, amarillentas, lánguidas en los movimientos, ictericas, nerviosas y melancólicas. La obesidad o gordura extremada es una excepción aun entre los sujetos que pertenecen a la raza africana, y que como todo el mundo sabe, resiste mejor que los demás, la maligna y perniciosa influencia de los agentes exteriores.

Las enfermedades más comunes por estos sitios, son las fiebres intermitentes de todas clases, cotidianas, tercianas, subintrantes, efímeras, perniciosas &c. Después de estas, vienen las calenturas tifoideas, la disenteria, las hepatitis o inflamaciones del hígado, la ^{anemia} ~~anemia~~ en todas sus fases, las úlceras crónicas, la gata, la erisipela, las hidropesías y las eternas y aflictivas dispepsias, arote avar el más cruel de cuantos martirizaron a los americanos en la zona horrida.

Muchos han divagado y muchos han torturado la inteligencia los sabios por hallar el principio morbigeno, que en los climas abrazadores y otros, produce las fiebres paludosas o de los pantanos. Cada cual piensa al crear una teoría, que ha dicho ya la última palabra, sin que a nosotros nos parezca que hay en todo lo que sobre el particular hayamos visto hasta el presente, sino la primera expresión del arte, el crístas de la cartilla médica (1) Quier dice que la causa de la fiebre está en la absorción de un gas metéorico; quien que en un cambio repentino de temperatura en el organismo; quien que en los

(1) El Dr Laveran ha descubierto el parásito productor de estas fiebres

460

trastornos eléctricos; y quien atribuye la causa a variaciones meteorológicas de diferentes ordenes. Todo eso revuelo a lo más la deducción a priori de una lógica incompleta, porque todo ello no va al corazón y al fondo del problema. Queda en más allá que pide como complemento la prueba del gas absorbido, el trastorno de temperatura demostrado, el cambio eléctrico hecho palpable &c. - Lo cierto es que en este negocio, como en muchos otros de historia patológica, queda bastante por saber, y que con frecuencia se toma una causa ocasional por una causa generatriz o determinante y que la lógica en toda su fuerza, la lógica verdadera de la ciencia, la lógica inexorable que abarca todos los pormenores de una cuestión, sin personar uno solo para llegar a la esencia de la verdad, no ha servido hasta ahora de guía y de maestro a los prácticos. Es por esto por lo que el empleo de la quina y de los otros febrífugos es hasta el presente, aunque benéfico en su acción, enteramente empírico en su empleo.

Hoy por hoy nos viene un norte-americano M^r. Salisbury, con la novedad de haber hallado, merced a una serie numerosa de bien conducidas experimentaciones, el principio patogénico de las fiebres llamadas hasta ahora miasmáticas. El piensa que sobre la atmósfera evaporada de ciénagas pantanosas, se levanta y se incorpora con el aire una gran cantidad de esporulas, o elementos de un vegetal algóide, microscópicos y clasificables.

Estudiántolo detenidamente, él ha llegado,

no solo á darle lugar en el cuadro fi-
tológico, sino que tambien ha demostrado
sus calidades palustres y su acción sobre el
organismo engendrando las fiebres intermiten-
tes. Quedaría, siendo esto exacto, mucho más
por estudiar, como por ejemplo la manera en
que obran los febrífugos especialmente la quina,
para combatir la intoxicación y lo más esen-
cial, lo más grande, lo más fecundo, lo que más
se refiere á la profiláctica, á fin de reducir
la especie humana de un azote tan devasta-
dor. Realizado un descubrimiento tal, el ocupa-
ría - sin duda - alto puesto en la escala de
los grandes hallazgos del siglo XIX, igual ó
mayor que el de la anestesia. Esperemos.

En el estado actual de la
materia, debemos contentarnos con lo que hay
y con lo que vemos: conjunto de datos empí-
ricos, curación del mal en los preparados
de quina y adquisición de él por la perma-
nencia prolongada ó solo pasajera en los lu-
gares mepíticos que favorecen su producción.
Conocemos sobre esta clase de dolencias humana
hechos aislados, tenemos cuadros sintomato-
lógicos, terapéutica algo ciega, leyes sin
relación patológica, complicaciones y resultados
morbosos -

Un individuo contrae el germen,
llamémoslo así, del mal; para las transmi-
siones de él y se cura radical ó temporal-
mente. Un poco más tarde la dolencia se
repite en mayor ó menor número de oca-
siones y la reincidencia puede ser tal, que
al fin los pacientes de calenturas palúdicas
adquieren ese aspecto especial y típico,
que tanto en lo físico como en lo moral

podríamos llamar *idiosincracia*. La fiebre intermitente repetida y hecha hábito orgánico, concluye con establecer una diatesis característica e imprime sello al organismo. Lo que sucede a uno en particular, acontece a muchos en una población y así vemos que al través de algún tiempo, esos grupos de hombres presentan el fenómeno de grandes hospitales parroquiales, poblados de unos cuantos vivos y de gran cantidad de fantasmas.

Hay una cosa en que tal vez ni los hombres doctos han fijado bastante la atención y respecto de la cual, si tuviéramos el arrojo de formular leyes patológicas, expresariamos en los siguientes términos. Para que los habitantes de los países ardientes de los trópicos, que han llegado a padecer una o algunas veces, la fiebre intermitente, toda otra enfermedad, sea de la clase que fuere, tiene tendencia pronunciada a revertir en su forma el tipo periódico. Lo particular en esto, lo que ha llamado nuestra atención de prácticos, es que esta intermitencia, hija de una especie de recuerdo instintivo de la vitalidad, no se refiere sólo a las afecciones *traumáticas* o por causa que perturbaban el ritmo general de las funciones orgánicas, sino también a los resultados de las afecciones *traumáticas* o por causa mecánica.

Así como hay algo, que en las profesiones y en las enfermedades, esperece como una atmósfera distintiva que define exteriormente la situación; así como el herrero, el mariner, el costurero,

el relojero y el militar, lo mismo que el
canceroso, el físico, el escrofuloso y el lepro-
so tienen su calificativo aéreo que los
hace conocer al observador atento e inteli-
gente a primera vista, así también el
hombre expuesto a los miasmas deletéreos
lleva el sobrenombre de su destino -

Estas devastaciones producidas
sobre la parte física de nuestros poblados
bajos y cálidos, malsanos y febricitantes,
son calificadas por los paisanos con esta
frase: "esa tierra se come la gente."

Después de repasar el río
Auelo La Cruz, Cancán, San Martín, El
Volcán, unos cuantos arroyos y torrentes
más, tomas y enrujadas, arribamos a Cas-
cago en una bellísima tarde, a la hora en
que el sol acababa de calentar las montañas
de Occidente y daba campo al crepúsculo. Es
bellísima esa hora del día en los países equi-
nocciales -

Junto a Cascago, hacia el Norte, está
el ribete setentrional de las lomas, formado por
la Cuya Alta, punto del cual siguiendo para el
Noreste, se comienza a descender con interrupcio-
nes de colinas y cordilleras, hasta las márge-
nes del Magdalena.

Cascago, como hacienda rural,
tomó bajo la dirección de un rico propietario,
un desarrollo venturoso hasta la época en que
comenzaron los últimos acontecimientos de que
sufriéronnos. El carro revolucionario pasó por
encima de ese pedio, como dicen que pasaba el
caballo de Attila por los campos conquistados,
es decir, dejando ruinas, soledad y guerra seca. Es

posible que esa finca no se levante en mu-
cho tiempo, de su prostración actual -

La situación peculiar de la Ceca
Alta y de Carcayo los constituye, desgraciadamente
para ellos en la categoría de lo que en len-
gua de milicias, llaman puntos estratégicos.
Sobre la misma loma en que está establecida
la casa de la finca y á muy corta distancia
de ella, hay todavía unas profundas zanjas
conocidas con el nombre de "trincheras de Li-
nares" que recuerdan al vijero un triste epi-
sodio de nuestra guerra de independencia, epi-
sodio que se refiere á lo que, en buena gramá-
tica, llamaron nuestros padres "la patria bo-
ba" Era efectivamente muy boba la patria de
aquél tiempo; pero si hemos de juzgar por
lo que vemos, la patria de ahora no es más
avizada y sagaz que la de entonces -

Luego que el pacifi-
cador Don Pablo Morillo, con sus instintos de
fiereza y su enorme espíritu expedicionario, hubo
tomado y sometido la Ciudad de Cartagena, en-
derezó sus operaciones contra los insurgen-
tes del interior del país. Por el lado de Occi-
dente mandó al Brigadier Don Miguel de
Latorre, para que por las provincias del Nor-
te y reemplazando á Calzada, tomara la Ca-
pital del Virreinato. Calzada, aunque suficien-
tamente cruel, era muy inepto y el General
español quería á todo trance, que bajo la
conducta de un jefe más inteligente, fuesen
las tropas de su mando las que entrasen pri-
mero á Bogotá -

Hacia el lado del Chocó
mandó con poca tropa al Coronel Beyer y
por el Magdalena, para que se internase por

Las tradiciones de sus compatriotas, se pro-
curó camino de tierra para hacia Subi al-
gunas caballerías hasta Zaragoza. De ese pun-
to en adelante comenzaron los patriotas á fas-
tidiarlo un tanto, hubo algo como una esca-
ramera en "Cambombolito," ganaron sus veci-
nos á Remedios para quitarle ese recurso,
y en retirada ocuparon definitivamente la po-
sición de Cascajo, donde esperaban ser bastante
fuertes para resistir la invasión. El veintidos
de Marzo de 1816 cayeron los peninsulares so-
bre los independientes atrinchados en el sitio
que llevamos mencionado. La lid, mientras se
tuvo entre las dos infanterías andaluz así así,
y aun se dice que de las tropas de Linares
murió la respetable cifra de cien hombres; pero
el asunto cambió de faz, desde el momento mis-
mo en que unos ochenta húsares de Fernan-
do VII aparecieron por la Cofa Alta dominan-
do las elevaciones cercanas al campo de ba-
talla y torando á la carga con clarines y
trompetas.

A la aparición de la caballería, y so-
bre todo, se dice, al ruido de aquella música
desconocida, el pánico cayó sobre el espíritu
de nuestros paisanos y los puso en la más
triste y compasiva derrota. Ciento y tantos fu-
siles, putrechos, y la mayor parte de los elemen-
tos de guerra, todo cayó en poder del enemi-
go.

Linares con los restos medio desbandados
de su columna, se retiró á Barbosa y de este
lugar, provocando la emigración de los patriotas,
arreando ganados y caballerías y tratando de
arrebatar á su perseguidor los principales recur-
sos con que pudiera contar, paró por Med-

el Cauca, Tomase la provincia de Antioquia y siguiese hasta Popayan, al Coronel Warleta al mando de quinientos hombres. El quedo a retaguardia con un respetable espíritu y dispuesto tambien a intinarse como lo verifico bien pronto. Esto pasaba en el año de 1815 -

En el de 1813 habia muerto en Rivonegro de un tabardillo (fiebre tifoidea de hoy) el Dictador Don Juan del Corral, hombre de pelo en pecho, sesado y enérgico, que habia organizado medianamente una reducida tropa de línea, las milicias, la opinion y el regimen civil y político de esta seccion colombiana. Bajo la inspeccion inmediata del sabio Caldas habia hecho el Sr. Corral fundir algunas piezas de artilleria volante propias para la guerra de posiciones. Con esas, con algunos fusiles, lanzas y machetes, habia el sucesor de él, que lo fue el Brigadier Don Dionisio Fajada, armado la gente de pieza de que Antioquia podia disponer en aquella época. Fajada era por hombre, de corazon fusilánime, débil, sin alcances suficientes para ponerse a la altura de la situacion y sacar con brío el honor del país -

Diore la direccion de 700 hombres al Coronel venezolano Linares, sujeto de buena reputacion militar y que habia llevado las armas con algúñ decoro en las contiendas anteriores. Estaban con él, y como personajes entendidos, dos hermanos de apellido Malu, bogotanos o tunjunos, no sabemos bien de donde; pero que prometian garantías de buen comportamiento, porque no eran extranos a los debates sangrientos de entonces.

Warleta, por su lado, subió el Cauca hasta Nohí y de acuerdo con las vie-

Las tradiciones de sus compatriotas, se pro-
curó camino de tierra para hacer subir al-
gunas caballerías hasta Zaragoza. De ese pun-
to en adelante comenzaron los patriotas a fas-
tidiarlo un tanto, hubo algo como una esca-
ramusa en "Cambombolito," quemaron sus veci-
nos á Remedios para quitarle ese recurso,
y en retirada ocuparon definitivamente la po-
sición de Cascajo, donde esperaban ser bastante
fuertes para resistir la invasión. El veintidos
de Marzo de 1816 cayeron los peninsulares so-
bre los independientes atrincherados en el sitio
que llevamos mencionado. La lid, mientras se
tuvo entre las dos infanterías anduvo así así,
y aun se dice que de las tropas de Linares
murió la respetable cifra de cien hombres; pero
el asunto cambió de faz, desde el momento mis-
mo en que unos ochenta húsares de Fernan-
do VII aparecieron por la Cofa Alta dominan-
do las elevaciones cercanas al campo de ba-
talla y tocando á la carga con clarines y
trompetas.

A la aparición de la caballería, y so-
bre todo, se dice, al ruido de aquella música
desconocida, el pánico cayó sobre el espíritu
de nuestros paisanos y los puso en la más
triste y compasiva derrota. Cientos y tantos fu-
tos de guerra, todo cayó en poder del enemi-
go.

Linares con los restos medio desbandados
de su columna, se retiró á Barbosa y de este
lugar, provocando la emigración de los patriotas,
arrebató ganados y caballerías y trató de
arrebatar á su perseguidor los principales recur-
sos con que pudiera contar, paró por Meda-

llinas, por Enrigado y luego a Amagá, en donde la demoralización cundió de un modo asombroso y acabó por entonces con el patriotismo antioqueño. Como unos setenta hombres pasaron al Cauca, y el ciudadano Sepada incapaz de resistir, se ocultó por esos bosques donde fue preso poco después.

Don Francisco Warleta, victorioso, a tambor batiente y bandera desplegada, tomó el cinco de Abril la Capital de la provincia, solazándose no poco el muy fainado, con las sencillas referencias de los prisioneros que habían tomado las trompetas de la "Caja Alta", por las del juicio final.

Dicen que nuestro pacificador era hombre de buen parecer y de malísimas entrañas. Lo primero importa poco; pero lo segundo está bien averiguado para la historia. En Medellín trató muy mal a todos los que se le allegaron y malísimamente a uno de nuestros caciques, que había por entonces de primera autoridad política; en Risnegró, porque no le dieron bastante guerra para sus caballerías, depuso ignominiosamente de sus empleos a Don Ignacio Mejía y a Don Pedro Arango, mandándolos inmediatamente a trabajar como peones, al camino que se abría de Sonsón a Mariquita. Sin embargo, contentóse con ultrajar y no fustigó a nadie, cosa que se le quedó agradeciendo bastante, bien que esto no lo hizo por filantropía, sino porque estaba temeroso de lo que pudiera sobrenatural del lado del Cauca.

Al dejar nuestro territorio este hombre siguió para el Sur, y en Cartago impuso sobre la población una gruisa muerta.

51

porque no le habían mandado aguardiente para las tropas a su llegada. En Buga el trajo groseramente a unas señoras, porque eran humanas del General independiente Cabal y apaleó a diestra y siniestra, bajo diferentes pretextos. En Cali hizo por más ó menos lo mismo y en Guilichan mandó fusilar a un señor Navia porque era compadre de un General patriota. En Popoyán fusiló, hizo prisioneros e inventó cuanto linaje de tormentos puede idear el diablo para torturar a la humanidad: puas de mocana ó guadua que hacía meter a los patriotas por entre las uñas y la carne, planchas ardientes puestas en las plantas de los pies, cepos de campana, palizas, hambres prolongadas, y por encima de todo, multas numerosas, que según buenos informes apropiaban para sus menudos gastos. Ya se ve, era el tiempo en que, comenzando por el caporal Morillo y acabando por el último Chapetón, se tropizaba el cristiano a cada paso con los nombres de Samano, Enrile, Calzadas, Solra, Marleta &c. &c.

Numero 9.

Las Cuevas. Santa Isabel. Sirpes. Mondá,
Costumbres. Minerales. Pantanillo

Saliedo por la mananita de Cascajo, se contempla una bellísima escena con la aparición del sol y con la aurora que le precede. En su cavidad de plataforma, el sitio y el extenso

horizonte que se dominan, son inundados al momento por un torrente de luz, de esa luz nuestra, tan intensa y tan vivificante. Pronto después, se introduce el viajero bajo la sombra de un bosque rebafado en tamaño, pero tupido y espeso, hasta tanto que se trepa sobre la cresta montañosa. Tal sobre ella, el punto de vista cambia total y repentinamente, tanto en cuanto a los objetos circundantes como en relación a las partes lejanas del conjunto.

La vegetación en esa eminencia, que es la que propiamente se llama "Caja Alta" de Remedios comienza a ser distinta de la que se deja atrás y empieza a dar muestras patentes de la infinita variedad en que se desarrollará después. La vena que se sigue, es una especie de roca constituida por enormes fragmentos de rocas y por profundos canales. Las rocas simiticas, están dispuestas en pedregones formados como en batalla sobre la altura y parecen como el último lindero de una gran corriente de piedras, empujadas por algún espantoso cataclismo que les hubiere hecho llegar hasta ese sitio, porque esas piedras no están en el lugar como se presentantes de la armadura misma de la montaña, sino en forma de grandes pedregones, redondeados muchos de ellos, separados en su mayor parte y sin más conexión los unos con los otros, que la que tienen a título de vecindad. Este grupo de rocas es lo que los que transcurten llaman "Las Cuevas", y el nombre es bien pues- to, porque el desmoronamiento de ellas, deja en sus flancos huecos caprichosos y un poco extensos a veces.

51

No es

5
desagradable para la vista, antes por el contra-
rio es muy bonito, el aspecto que presentan
esos grandes pedregos de piedra, colocados co-
mo hemos dicho, acanalados por las corrientes
de agua que los bañan y con su graciosa
forma de medio melón colocado sobre la super-
ficie de un plato.

En cuanto al espectáculo
que presenta el horizonte visto desde allí, bien
pudieramos entrar en muchos pormenores que
no concierne de interés geográfico; pero como
dichas descripciones sean fatigosas de leer,
bueno será andar un poco más á la ligera y
contentarnos sólo con decir, que todo, naturaleza or-
gánica e inorgánica, aire, cielo, nubes de cam-
bia de un modo repentino.

De la Caba Alta en
adelante se entra en ese desconocido Terre-
brro, que nuestros viejos padres han califica-
do siempre con el nombre de "El Monte" y
sobre el cual les hemos oído en la infan-
cia más de una relación fantástica, más
de un cuento dramático, más de una men-
ción misteriosa y más de una cosecha de
na de prodigios.

Después de andar encomendados
al tiro de las mulas, de apretar las pie-
nas, de torcer los pies para evitar una
fractura, de experimentar uno que otro calofrío
causado por la proximidad de un agua
diente de pedernal, de sufrir algún tope en
la espinilla, de recibir una bofetada en ple-
no carrillo por el terno brazo de un saamien-
to y de poner el otro para recibirlo del lado
opuesto, con humildad completamente evangéli-
ca, se sale al fin, no á campo abierto y llano, si

no al principio de una falda, cubierta por el bosque frondoso de los trópicos, por la vegetación arrogante de los países equinociales. Desde la Cafa Alta se ha mudado, no solo de horizonte sensible, sino también de horizonte geológico. La naturaleza muerta, a la par de la vida animada, entona otro canto, habla otro idioma, muestra un estilo diferente y asume un acento distinto. Ya tratamos de interpretar estas manifestaciones, de describir estos arcanos, de explicar estos fenómenos -

Rescendida la primera parte de este maravilloso laberinto, se llega a un torrente conocido con el nombre de "Pescadito"; más adelante está el Pescado y en la continuación "La Aguada del Colo," la cordillera de Santa Isabel y en fin Pantanillo, donde se pone a las orillas del río Ité sin hablar del famoso "Paso Real" que tiene una abertura y unas curvas de serpiente apariencia. En el transcurso de todo este trayecto, hay cosas que son merecedoras de algún recuerdo -

El Mafafal, es un punto que en el rigor del estío conserva los caracteres de la estación invernal en toda su plenitud; es un lodazal profundo, espeso, cruzado por raíces y peligrosos como Scila y Caribdis.

El mulo de uno de los compañeros metió el casco imprudentemente en un hoyo limitado por dos troncos leñosos, quiso sacarlo luego y se encontró retenido, de un lado por el gluten lodoso y de otro por los maderos circundantes. Al obstáculo siguió un esfuerzo, al movimiento del animal la resistencia, al impedimento la reacción, al

520

esfuerzo el levantamiento rápido de las an-
cas y troncos del mocho, á esto una evolución
de salto mortal y al semicírculo de esta
peligrosa suerte la caída de la cabalgadura
con el caballero debajo. El asunto llegó á ser
alarmante y acaso nuestro paseo hubiera
terminado de un modo trágico, sin la inter-
vención feliz de otro de nuestros amigos,
libertador oportuno de una víctima cierta in-
molada tan estérilmente. De estas aventuras
hay muchas en los caminos americanos.
Adelante.

Había un negro acomodado y lato-
rion habitante de estas Selvas, colega obli-
gado de los Figres y de las mapañales que
tenía establecido su cuartel general en un
paraje vecino al río Pescado. Este honesto des-
cendiente de Can, era padre de una hija,
doncella muy apueta é inocente, que vivía
con dolor pasar los verdes años de su juven-
tud, sin más testigos que los ecos de la
flonsta, sin más paratiempo que el canto
de las aves matinales, sin más emociones,
que las cauradas por el nocturno rugido
de los leopardos y sin más esperanzas que
las de un vago porvenir.

Vecino de este pobre negro
había otro, que tenía por nombre Trenales,
manejo gallardo, audaz, atrevido y anciano
de placeres, sobre todo si sus placeres po-
dían satisfacer su sensualidad. Trenales
frecuentaba la choza de su vecino, era cor-
dialmente recibido en ella, se le agasapaba,
se le trataba bien y lo que es más, se tenía
confianza en sus procedimientos.

Desapareció un día la

padre muchacho del hogar doméstico y aun que el padre anduvo diligente en indagación de su paradero, no tuvo pronto conocimiento de él. Pasado algún tiempo se supo que el rapto o más bien seducción era obra de tramales y que la negrita vivía con él en su propia casa.

Sabedor del paradero de su hija, tomó el viejo negro su escopeta, cargola suficientemente; y preparado así, tomó el camino que conducía a la morada de su adversario. Llegó a la casa de éste y encontró como lo esperaba, a la feliz pareja; entabló su reclamación en debida forma, manifestó enérgico y decidido y travesó en seguida una grave discusión entre los dos competidores, de la cual resultó un convenio. Estipulóse que tramales se casaría según la Iglesia con su querida penda, que habría amistad y parentesco y que el negocio concluiría en perfecta paz, quietud y tranquilidad.

Ratificado así ese razonable tratado el futuro suegro fue invitado por su hija y por el amante a participar del almuerzo de familia que a esa hora se hallaba preparado. Después del convite los dos amantelados distrajerón un poco la atención del padre y mientras tanto, apoderándose de la escopeta, se echaron a andar por esos bosques. Apercibido el otro de la ausencia repentina de aquéllos que él veía ya de su parte, dióse a correr en su persecución. Alcanzólos a tiempo en que habían parado ya el río por uno de esos puentes formados por un solo tronco de árbol colgado de orilla a orilla. Los dos fingiéndose tranquilos y sin temor de ninguna especie, detenidos a corta distancia del puente. Cuando

el desdichado negro, yendo siempre hácia ellos, se halló en la mitad del puente que servía de pasaje, un tiro disparado repentinamente, lo hirió y precipitó en las aguas. La corriente del río lo arrebató al momento, mientras los dos asesinos, seductor y homicida el uno y paricida la otra, emprendían de nuevo la fuga.

El tigre habitante común de esas selvas, sacó durante la noche el cadáver que flotaba sobre las aguas, lo devoró en gran parte, depuso los restos sobre la playa y estos fueron encontrados al siguiente día por los montadores del contorno.

Arenales y su cómplice, vagaron durante mucho tiempo por diversos lugares del Nordeste llevando siempre la vida esquivada, inquietada y misteriosa de los criminales, hasta que al fin, dichos solemnemente los que refieren la historia, desaparecieron y no se volvió á saber más de ellos.

La parte más grave de este acontecimiento está para nosotros, en que según la versión del comentador que nos lo ha referido, cuando los dos profugas fueron alcanzados por el que iba en su seguimiento, el hombre, es decir, Arenales, quiso al momento hacer el tiro; pero fue disuadido de su intento, en razón de que la niña le hizo observar, que sería mejor no matarlo, hasta que estuviese en la mitad del puente, porque así, arrestrado por las ondas desaparecería sin dejar vestigio alguno del atentado.

El sendero, á medida que hemos venido internándonos, presenta de lado y lado la selva secular, antiquísima,

eterna y sembrada sin duda alguna por la
mano del Omnipotente en la mañana del día
que siguió al diluvio universal ¡Qué rique-
za de creación, qué capricho en las formas,
qué variedad en los vegetales, qué aliento
tan fecundante, qué maravilla en esta inspi-
ración sublime de la naturaleza! Árboles es-
pulentos elevan su tronco hasta las nubes, y
cuando ya su ramaje moribundo es abatido
por los años, estos reyes de la floresta, coronan
su cabera con grandes cardos en forma de
majestuosa diadema. A su lado, en toda la
plenitud y vigor de una vegetación ubérrima,
se levantan otros, hijos de aquéllos, que deben
sucederles en el transcurso de los Tiempos. Elle-
canos a éstos, árboles más delgados, pero no me-
nos loranos, nietos de los primeros y cachorros
de los segundos, crecen con formas esbeltas y ga-
llardas, para continuar la jerarquía de esa
desenvuelta generación. Mas abajo, cercanos del suelo,
arbutos, arbolillos, yervas multiplicados de sin
número de géneros y de familias, constituyen
por su reunión, ese pueblo abigarrado y hetero-
jéneo, que sirve, como en vasallaje, al dominio in-
disputable de esa primera y orgullosa aristocra-
cia del bosque. Palmas colerales que se mecen
blandamente y entrecruzan sus mástiles con los
mástiles de los robles; gruesos bejuco, que en
caprichosas espirales se enrollan en las corte-
zas de los troncos y los estrangulan con su
apretado y mortal abrazo; variadísimas yervas
que remedan con sus formas y colores la fi-
gura de mariposas que vuelan, de insectos que
susurran, de pájaros que cantan, de serpientes que
se enroscan y hasta de eranes humanos; plan-
tas trepadoras, que, como las infinitas especies de

vainillas, se vistien de tiempo en tiempo en ramilletes de nieve, para dejar luego en su lugar torrentes de aroma en sus maduros frutos; cactus caprichosos, que laman al acar. borlas de púrpura, de oro y escarlata; helechos y papas, de tenas y débil follaje, que movidos por el viento remedan á veces las risas, los gemidos, los lamentos y las vagas armonías de la montaña. Todo esto y mucho más, que no alcanza á definirse ni á sentirse ni á comprenderse bien, sirve como adorno, gala y decoración á ese sublime y portentoso espectáculo, á esa magnífica y grandiosa escena.

Cuando nos despidimos de la chonera del Guadalupe, estábamos mano en nuestra impotencia para la expresión del sentimiento, de uno de los versículos de Isaías; y ahora, estudiando en sus pormenores y queriendo definir en su conjunto el tipo providencial de un bosque virgen en el Nordeste, no podemos hacer otra cosa, que traer en nuestra ayuda la elocuencia del siguiente texto: "Desde que nace el sol, hasta que se oculta es grande el nombre del Señor"

Entre las divinas, riquísimas y copiosas producciones, con que la mano de la Providencia ha querido favorecer esta zona de nuestro territorio, no queremos dejar sin mención honorable, una de que habíamos sido haue ferodosos elogios á los rijos traficantes de esta región: pretendimos hablar de los Sirpes, árboles profusamente diseminados por estos campos, fecundos en frutos y llenos de cualidades admirables.

Como las recomendaciones que del Sirpe teníamos fuesen tan enaltecidas, y co-

no se nos hubiese ponderado tanto lo delicioso de las uvas que producen, andábamos ansiosos y atentos por descubrir el precioso vegetal y por procurarnos el placer de experimentar su bondad en nuestra propia persona -

No conocíamos á punto fijo sus caracteres físicos; pero habíamos virto plantado en un jardín uno de ellos, joven aún, y habíamos tratado de retener en la memoria su forma y señales distintivas. Poco después de haber dejado las Cuevas é internádonos en la selva, empezamos á distinguir de lado y lado del camino algunos individuos que se nos parecieron á los Serpes pero que no lo eran efectivamente. Llamanlos los montecadores Sirpa; y sin duda son de la misma familia, sin alcanzar las preciosas propiedades de sus parientes -

Cuando hubimos llegado á Santa Isabel, vimos junto á la casa de una pobre mujer que vivía en esa trave abertura, los remiemos de uno que había sido cortado de antemano y que tornaba á retonar: "Sirpe" dijimos y entonces un muchachito que estaba en el lugar exclamó muy contento: "Si señores, pero sea de otro cargado de racimos," y nos señaló uno muy copulento, que á la vera del bosque ostentaba la opulenta carga de un riquísimo fruto. El pequeño tenía gana de participar un poco del gustoso festín que se proporcionaría con tal cosecha, y se habíamos sin poder libarla, porque la viejecita su madre se oponía, acogió con entusiasmo la llegada de los viajeros y más aún el ansia que manifestaban por vendimiar -

Cuatro reales de plata dados á la patrona, nos hicieron dueños del te-

soro apetecido y al instante se cayó sobre el tronco el tic-tac de dos machetes; el "Sirpe" traqueso primero, se inclinó luego dulcemente, la mesa quedó servida y a disposición de todo el mundo

Nos parece que el sirpe es un Sajeo de la numerosa familia de las Decropias, sus hojas son anchas, ásperas al tacto, de verde claro por encima, ligeramente pálidas por debajo, sostenidas por un largo peciolo y con dos pequeños folíolos embrionarios hacia la extremidad del limbo. La altura del árbol llega a ser hasta de quince a veinte metros, el tronco de un grosor moderado, la corteza lisa, blanqueada y con anillos débilmente marcados de distancia en distancia. La médula está en un tubo central bastante espacioso, pero no tanto como en el Tarumo al cual se parece algo, tanto por la estructura de la madera cuanto por el follaje con la diferencia de que los ramos del sirpe, más numerosos, más compactos y distribuidos en densidad le dan una copa más ancha y más frondosa. Los racimos de que penden las uvas nacen de las axilas de las hojas, están sostenidos por un corto apéndice tenso que se muestra más firme y flexible hacia la extremidad, en donde a la manera de las umbelíferas, se desarrolla una maseta de flores, sucedida luego por un bello conjunto de frutos. Estos frutos son en su principio de un color verde amarillento, pero a medida que engruesan, comienzan a tintearse de rojo, rojo que pasa a púrpura con el centro cuando estas uvas han adquirido las dimensiones de ciruelas ordinarias. La forma de ellas es ligeramente oblonga y su envoltura da al tacto una suavísima sensación de aspereza. Por el color, la forma y el aspecto, las Sirpes parecen

comerse aun sin tener conocimiento anterior de sus cualidades. Un fruto tal, no puede ser jamás venenoso—

Debajo de la envoltura de la serpe se encuentra la sustancia comestible, especie de muela cristalina, blanca y aromática, cuyo jugo es semejante al de las mejores uvas de Fontaine bleau del cual difiere sólo por el sabor, que es infinitamente más grato en el de las antioqueñas. Dos semillas pequeñas, unidas en el sentido de su longitud por dos superficies planas, se hallan en la parte central, imitando por su reunión la misma forma del fruto—Bajo el perisperma o corteza de estas semillas se encuentran dos almendras ~~amargas~~ de un color violado de amatista, lindísimas, ligeramente aromáticas y de un amargor intolerable. El dor es en lo general el que entalan las almendras amargas; pero mucho más débil, soportable y calmante—

Tienen las tales serpes la preciosa virtud de que comorados á comer, se quiere siempre seguir comiéndolas. En cuanto á nosotros, comimos y comimos sin descanso, deo ramos centenares y centenares; alguien decía estoy cansado, respiraba un poco y volví á la carga. Nadie se encontró saciado, ninguno se queja de pesantez en el estómago, ni perdió el apetito para su comida posterior, y todos proclamaban aquel sabroso banquete como el más delicado y delutabte de su vida. Nosotros escribimos sobre esto un día después, á ciertas personas de nuestro conocimiento é intimidad, y siguiendo las huellas de Enrique IV exclamábamos: "Hércules, que y tú no estabas allí"— En efecto, preferamos principio, que quien no se haya dado, por lo menos

5
una vez en la vida este inocente y sencillo pla-
cer, no es digno ni de la gracia ni de la in-
mortalidad.

En seguida, tratemos un poco sobre
las costumbres de los habitantes de estos lugares
refiriéndonos más especialmente á las de
la plebe; y en esta, á la raza negra, en alu-
sión á los tiempos pasados, pues en los pre-
sentes la invasión diaria y activa de los po-
bladores de la parte central del Estado, ha
ido borrando poco á poco, y acabará por supri-
mir del todo el tipo especial y extraño de estos
habitantes en su aspecto moral y social.

La Cuzco Alta es, como
ya lo hicimos comprender, una especie de fron-
tera natural, que separa no sólo dos forma-
ciones físicas diferentes, sino también dos so-
ciedades de hombre, esencialmente diversas y
antagónicas, por sus hábitos, tendencias y ca-
rácter. Lo repetimos; esta oposición de genios
y de manera de ser está ya casi borrada:
los incentivos de la industria minera, que han
llamado por estos lados hombres más ro-
bustos, más inteligentes y más audaces, han
refundido todo lo anterior en una resultan-
te, que si no es igual enteramente á la fi-
sionomía de los invasores, si se aproxima mucho
más á ésta que á la anterior.

Además, ya está-
mos por aquí en tierra donde se habla ce-
rrado. Y si á ello se agrega que la gente de por
acá usa, sobre sus naturales defectos de lengua-
je, la mayor parte de los modernos barbaris-
mos que poseemos en desdichada abundancia los
habitantes del interior, se verá que debe resultar
les una jerga extraña y curiosa, un patois an-

tiempo, un galimatías de cuerpo entero, un fenómeno filológico de una sabiduría más grande que el Coloso de Rodas.

Los provincialismos de la gente del interior han ido viniendo gradualmente primero de los andaluces, Asturianos, Vizcainos y Gallegos, abuelos nuestros; y en segundo lugar de nuestras peculiares labos, hecha durante tres centurias, en silencio, poco a poco y metidos en esta celda con paredes de cordillera, sin puerta de entrada ni de salida, que llamamos Antioquia, segregados del comercio humano, sin roce y sin lazo alguno con el resto de la cristiandad.

Para los costños la cosa no parece haber viajado por otros caminos: mayoría de andaluces como progenitores; superabundancia de negro y algo del propio peculiar —

En Moná había en época pasada (estos pormenores los debemos a la bondad de un amigo muy inteligente y veraz) un señor Arquitecto, rico propietario de minerales, que trabajaba con negros esclavos a estilo de los tiempos viejos. Era de ley durante el oprobioso estigma de la esclavitud, que todo hacendado y todo minero tuviese cuadrilla de negros. Para los segundos, es decir, para los mineros, los negros eran máquinas que se movían por la aguija eficaz y frecuente del látigo. En el Nordeste, esos pobres estierpes trabajaban para el amo toda la semana, menos un día, en que les era permitido trabajar para sí, con tal de que con el producto de esta remisa labos atendiesen a las urgentes necesidades de su existencia. Como con frecuencia la ganancia era mínima, los infelices siervos llevaban una vida deplorable; comían escaseamente, andaban casi desnudos, cubrían tan sólo lo que

la vergüenza quiere que se oculte con miserables panparrullas, eran torales, es decir, hablaba de modo enteramente peculiar un quiriquij, es decir, incomprendible, de Congo, de Abisinia, Senegal, castellano, indio &c. Su parte moral, desviada enteramente, cargaba con el peso de unas cuantas oraciones supersticiosas y sin sentido; su inteligencia, sin desarrollo alguno, en caos y tinieblas en todo sentido, y en asuntos de facultades activas, no quedaba a esta raza desheredada sino el derecho del rencor y del odio, el impulso de los instintos carnales, el ejercicio de los apetitos groseros, el temor del castigo y la indiferencia por todo lo demás. Había excepciones, pero eran muy raras.

Cuando había huéspedes en la casa del señor Argüelles, y citamos este como citariamos a otro cualquiera, se ofrecía todos los días un caso bastante curioso que nos parece alcanzar los honores de una referencia.

Todas las mañanas precisamente, al levantarse los miembros de la cuadrilla comenzaba por orden, cada uno de ellos, a hincar la rodilla delante de los individuos de la casa y delante de cada uno de los huéspedes, recitando atropelladamente y en forma de saludo la siguiente oración.

"Paile mio San Francisco deligo y sideo de río pel aquellos cinco yaga que el señor imprimio en bó, una limesa pá el arma y pá el cuerpo, páile mio, pel amor de río," que traducido viene a ser tanto como si dijera:

"Padre mio San Francisco, querido Señor de Dios, por aquellas cinco yagas que el señor imprimió en vos, una

limosna para el alma y para el cuerpo, pa-
de mio, por el amor de Dios"

30
Decir filero, y las mulas se
dicen fileras, es como decir irse por el camino
más corto -

Andar forondiao o forondiate, es ir
buscando el camino más trillado -

Dir fundiao, garantoliarre, que
con decir: lo primero ir a un punto fijo y
conocido, y lo segundo significa lo contrario de
filero -

Un perro trabaja benao, cora neque
(conejo) y barajusta la quartinaja

Sacar una barridura en mina: echa
un barrafoto -

Firar una lanza de lejos, habaticá
un lanza. Mi marido mi fembre. Mi esposa,
mi fembra -

Fuera de todo esto, y para no alar-
gar demasiado, será preciso añadir como
observación lingüística que las voces Mapa-
lé, Mouicongo, Camulao, Caracumbé, Cucamba
y otras numerosísimas, huelen a africanas de
sangre pura; y que la guticulación, la perso-
na, la acción y la velocidad en el decir, hacen
de este dialecto un asunto casi ininteligible
para el novicio. Cambian la r, final en n.
convertida en f, y relatan su quirigay con tan-
ta ligereza, que a veces maldita de Dios la co-
te chocante entre la lentitud fatigosa, la perío-
frasis eterna, el arbitologismo interminable del an-
teño del Centro comparados con este lenguaje
de velocidad eléctrica de los bafios -

Al lado de estas especialidades

en el idioma, hay otros de muchos géneros referentes a diavos, negueros de la vida humana. Así, montados en una superstición inexplicable, son creyentes a palo seco y crecen con un respeto permanente los mayores desatinos, los más gruesos abusos, y pasan sin el menor escrúpulo por encima de un gran número de preceptos morales, consagrados por la verdad atropellándolos y ultrajándolos sin el más leve reparo. El pacto con el diablo, la existencia real y positiva de brujos, brujas, duendes, hechiceros, adivinos, inspirados, mohares &c. &c., son para ellos convicciones tan profundas, tan arraigadas y consientes como lo más verdadero-

Cuando algún sujeto se da por iniciado en las malas artes y logra conseguir que el vulgo dé en la flaguera de creerle, entonces se dice de él que tiene el cuerpo cerrado, que puede volver a su antojo al principio de los tiempos; que es capaz de trocar unos en otros los elementos, convertir el agua en fuego, en serpientes las plantas, curar toda dolencia, triunfar siempre en el combate, penetrar el porvenir, dirigir y corregir las pasiones, &c.

Presumen muchos de ellos haber llegado a la perfección posible en el ejercicio de toda arma; pero su parte fuerte la hacen consistir en el diestro conocimiento de las evoluciones y golpes del palo y del machete. Cuando riñen con estos instrumentos, toman un aspecto verdaderamente curioso y extravagante; gesticulan, saltan, brincan, hacen piruetas, remueven adormidamente el acero o el garrote, disparan en todo sentido y se percibe fácilmente que su ignorancia en la materia es colosal. Unos con

otros, bien pueden hacerse daño; pero en frente de un espadachín ordinario, no tendrían jamás dos golpes sin ser muertos o' desarmados. No saben siquiera ponerse en guardia.

Empues, estos curanderos no han hablado tanto de su ciencia maravillosa para dirigir con entzoza los golpes de su hoja real y de su palo, como de su arte casi divino y profético para penetrar los secretos profundísimos de la naturaleza en todas sus partes, especialmente en las que están en relación con la salud física. Como médicos en general, y como curanderos infalibles de las mordeduras de serpientes en particular, no reconocen ni aceptan rivales de ninguna clase. Para llegar a este alto punto de poder, no hacen ciertamente estudios académicos de ningún género, se contentan buena y simplemente con rodearse del más completo misterio, con poner el aire grave y docto del oficio y con entablar á veces relaciones satánicas, que los habilitan mejor que cualquiera otro diploma para penetrar el poder, dispensar la vida o' la muerte y dominar con astucias infernales el espíritu apocado y miserable de esa pobre gente.

La medicina, que aún elevada á la alta y noble categoría de profesión ti-
bual y humanitaria perfeccionada hasta donde es
dable y practicada con la mayor pureza y honra-
des que sean concedidas á los hombres estudia-
dos y filántropos, conserva todavía algunos breves ras-
gos de impostura; cuando es ejercida por las perso-
nas de que venimos hablando desmenuada en
cortejo obligado de supercherías, fraudes, engaños
y maniobras rastreras que causan la más las-
timosa comparación.

dicen de esos, es necesariamente un brujo, y un brujo tiene por necesidad que haber hecho antes pacto con el diablo. Este pacto, se nos ha dicho, lo provocan y lo contraen de una manera asaz ridícula y extraña. El pretendiente o iniciado, toma un gato negro, se dirige con él a una cañada profunda cubierta de bosque, tanto más propicia para el efecto, cuanto más sombría, más retirada y tenebrosa. En el lugar ya, y por unas cuantas oraciones diabólicas murmuradas con entusiasmo, evocaciones infernales, llamadas reiteradas al espíritu maligno, blasfemias y algo más por el estilo, se sacrifica el animal. Satanás aparece al fin y aparece con todas las condiciones físicas y morales de su persona: las conferencias se entablan, las condiciones se estipulan, el programa es convenido, el contrato se firma y la operación queda terminada. Por supuesto que una de las cláusulas, Sine qua non introducidas en el protocolo por el príncipe de las tinieblas, es la de una renuncia eterna y completa a la salvación del alma. Con esto, el brujo logra tener el cuerpo cerrado, lo finito y lo infinito, lo temporal y lo eterno, el espacio, la vida, la muerte, lo invisible, todo en fin, cae bajo el dominio del mago, porque precediendo las condiciones indicadas, la magia negra es la fuerza subsiguiente e impondrable del brujo. Reconocen también una magia blanca; pero parece que ésta es más inocente más sencilla y de menos alcance que la otra.

Después de la operación indicada, sólo falta buscar clientela, entregarse al oficio y efectuar maravillas. El carriel o guarniel de uno de estos individuos, es un receptáculo inmenso de objetos extravagantes. Pedagos

de una de la gran balsa, puros de tomine-
fos y diostede, semillas de cobalanga y de e-
drón, chicotes de tabaco, contra capitana, muet
moscada, piedra de águila, piedra de estilla,
resinas, fragmentos de madera, piedra de erur,
polvitos, figuritas cabalísticas, librito de oraciones,
y hasta el civilizado álcali-volátil, todo eso
y mucho más se encuentra en ese abreviado Ca-
farnaum, botiguín estapido de la más des-
cargada charlatanería.

Va sin decir, que la
mayor parte de esas sustancias está despus-
vista de calidades medicinales y que si algu-
nas de ellas las poseen, son totalmente des-
conocidas por el que las lleva. Los que creen en
las virtudes y en la pericia de los brujos, tam-
bién están desprovistos de sentido común.

Si tratara de las nume-
rosas dolencias en cuyo campo se entromete
la audacia de estos iluminados, hablamos si-
lo de los casos de mordeduras de serpiente.

Cuando uno de ellos ha llegado al máximo
de su reputación, se le buscan con más empe-
ño que el que se emplearía para hacerse tra-
tar de una enfermedad cualquiera por los Doc-
tores Velpeau o Milaton. Se les hace venir de lar-
gas distancias, se les festeja, se les paga, se les
adula y con los ojos fijos y los labios entrea-
biertos, se espera con ansia que salga de
la boca profética del sumo sacerdote de la
ciencia, el decurso de vida o de muerte. El cu-
randero por su parte llega, ve, manobra, mur-
mura entre dientes, echa sentencias, recita oracio-
nes, aplica piedras, contraes, resinas, cataplasmas,
fricciones, ventosas, cauterios, administra blabostros,
pronostica, refiere anécdotas, entretiene, da esperanzas.

ras, amonazar, halaga, gana tiempo, hasta que al fin el problema se desmenuza de un modo favorable ó adverso, funesto ó dichoso. Cuando la serpiente no ha sido bastante venenosa para matar con su mordedura, y cuando el sujeto es bastante vigoroso y robusto para resistir á todas las abominaciones que sobre él se practican, la salud vuelve; más, cuando por el contrario, ha sido una mapaná virri, cargada de linfa emponzoñada, la que ha hincado el diente y vertido su tóxico letal en algún infeliz, la muerte sigue con seguridad.

Se entenderá bien que al hablar de estos curanderos, no incluímos en su número algunos sujetos verdaderamente sensatos y útiles, que aun sin darse por médicos profesan por estos lugares el arte práctico de combatir las malas influencias de las mordeduras de serpientes. Estos, más avisados y más hombres de bien, dejan de un lado las baratijas, amuletos, talismanes y tonterías que forman el parque fascinador de los otros.

Echan mano del cauterio á tiempo, de la amputación de la parte, del amoniac, de la sangría en ciertos casos, de los depósitos colmantes, de las embrocaciones acededoras, de la grasa al interior, de los dulcificantes, de los tónicos, del reposo, de la dieta, de la tranquilidad moral y de otros medios, en fin, que la experiencia ha sancionado como provechosos y reserentes.

En los cuentos y anécdotas que refieren diariamente con relación á los curanderos, hay muchos que pasan por enteramente maravillosos. Tal es, por ejemplo, la del poder que tienen algunos de

juguetear con estos animales, llevarlos enroscados en sus cuerpos, ignorarlos y sujetarlos a su voluntad. Parece que hay mucho de cierto en esto, sin que nosotros hayamos tenido sino una vez, la afortunada ocasión de presenciar estas prestigiosas y sin que podamos explicarnos el recurso de que se disponga para llegar a contraer semejante habilidad que nos parece tocar algo en la región de lo prodigioso.

"Se lisonjaba un peón de los míos," nos contaba un compañero de viaje, de ser un culibres soberbio, y se ocupaba un día acompañado con otro, en rozar el rastro de una faldita, colocado en la parte inferior de ella "¡Allá va una culibra!", dijo el de arriba. "Díjala venir tranquila que yo la componeré por acá," respondió.

En efecto; llegó junto a él una maná pequeña, se detuvo en frente, la cabeza levantada, el ojo listo, y con ese rápido vaivén de la lengua, que vale, cuando se contempla de cerca, casi tanto como una mordedura.

Nuestro famoso maestro de serpientes puso dulcemente el calabozo debajo del brazo izquierdo, acercose pasivamente al animal y con el aire más pacífico y sosegado del mundo, intentó cogelo por el cuello con los dedos pulgar e índice. Al tiempo de agarrarlo, el victo torció ligeramente el cuello y encajó sus dos colmillos sobre el pulgar de nuestro hombre.

Ya me mordió este demonio, exclamé al punto; pero no importa, agregó: me curaré en pocos instantes. Trasladé a la casa de habitación, practiqué sobre la herida las operaciones de ordenación.

ra y murió cinco horas después”

650
En Pantanillo está ya uno sobre un terreno bajo y cálido, malsano y peligroso para la existencia; se pasa la noche de peregrinación y se entra en combate á brazo partido con una infinidad de insectos que hacen crecer el fastidio nocturno hasta convertirlo en un cuarto enemigo del alma.

En este lugar se elabora una mina de aluvión, porque en el distrito de Remedios no sólo las vetas sino también el oro corrido, son objeto de una actividad extrema y de una lidia infatigable. Será tiempo de principiar nuestras observaciones un poco á fondo sobre la parte minera; más por lo mismo que el asunto es de importancia, lo trataremos con más detención cuando hayamos visitado los principales establecimientos, y dándonos cuenta más prolija de la formación, riqueza é índole del territorio.

Número 10.

Maderas Producciones. La Ciudad de Remedios - Costumbres -

Al dejar á Pantanillo, se sigue por un buen trazo á lo largo del río Otú, y después de abandonarlo por un momento y de transitar por varios dobleces de terreno, se sale repentinamente del bosque y se entra en un campo abierto, bellísimo y cultivado. Por en medio de este campo corre el río Otú, y un poco hacia el Oriente, se

encuentra su confluencia en el Ité. De la confluencia en adelante, el agua corre por dilatada superficie de terreno, formando todas curvas, vueltas y revueltas, que por el atraso de los conocimientos geográficos acerca de esa parte, sería casi imposible valorarlas debidamente, para asignarles una dirección definitiva. Reciben esas aguas tributarios pequeños de la serranía de Remedios y se engruevan con las corrientes que descienden del cerro Tamar, y cambian en la última parte de su curso su nombre de Ité por el de Cimitarra. Este desemboca cerca de Badillo, después de recorrer una grande extensión de territorio desierto, amagado ya por los activos exploraciones del antioqueño -

Siguiendo de Ité para adelante, la vista de la Ciudad de los Remedios no se hace esperar gran cosa; pero aun así en estos dos o tres leguas de camino, el aspecto natural del Nordeste se desenvuelve, espléndido, por todos sus lados. Por muy curioso que sea el viajero, por indiferente que quiera mostrarse al estudio de los productos de la vegetación, y por antagonista que sea a las meditaciones sobre lo porvenir, no puede dejar de sobrecojarse de rato en rato por la inusitada corpulencia de los árboles, las rarezas de su estructura, la belleza de sus flores, la variedad de sus especies y la diversidad de sus frutos. Si los estudios mineros reclaman en esta parte del Estado una gran suma de actividad e inteligencia por parte de los mineralogistas, el examen de la flora, pide no menos consagración y labor al genio de los botánicos -

Aunque la

cercañía á las Tierras, que acabamos de re-
correr sea extrema y aunque la cordillera so-
bre la cual asciende Remedios sea la misma
que hemos recorrido, la expresión típica de la
florista es enteramente distinta. No se podría
fácilmente decir, por qué mientras en el
Centro del Estado, la vegetación se presenta
por grupos casi uniformes, de reducidas es-
pecies, que no varían sino á causa de la
altura sobre el nivel del mar, en el Nor-
deste la cifra de individuos vegetales, abra-
za guarismos que confunde -

Según la calidad de los terrenos,
que como vimos luego es diferente, la influen-
cia indirecta de los vientos marinos, y la pro-
ximidad no interrumpida de los agentes fi-
sicos, que predominan en el valle del Mag-
dalena, contribuyeron á dar al circuito una for-
ma tan heterogénea y una vestidura tan
galana y matizada como la que se con-
templó -

El Capitan Francisco Martinez de
Ospina, fundó la Ciudad de Nuestra Señora de
los Remedios en 15 de Diciembre de 1560, con
gente traída por él mismo desde la, ahora
muerta, Ciudad de Victoria situada en las cu-
erñas de la moribunda de Mariguaita. El Ba-
tildo de la mencionada segunda Ciudad, dió li-
cencia á Martinez para ir en busca de minera-
les por estas regiones; pero no le dió, ni po-
día darle licencia para establecer un pue-
blo, porque tal cosa estaba prohibida expre-
samente por un mandato real, y también
por ordenes expresas de la Audiencia de Santa-
Fe

Como el Circuito descubierto, al cual se dió

por los conquistadores, el nombre de Valle de
Corpus-Cristi, fuese muy rico en oro, el aca-
burro castellano, contraviniendo á la orden, erigió
la ciudad de que vamo tratando; pero en punto
rodeado de malísimas condiciones higiénicas,
que obligaron á los vecinos, á trasladarla un
poco más tarde al en que hoy existe -

Sin ser una ciudad impor-
tante, es Remedio, cosa muy pintoresca en altísi-
mo grado. Desde la altura que domina la
fuente de la Caracuría, se alcanza á divisar
muy cerca, encima de la colina inmediata, el
grupo de casas que dispuestas en plataforma
y en anfiteatro se hallan rodeadas en sus en-
cunferencias por el profundo ramaje de los ár-
boles, que se elevan desde una gran profun-
didad hasta besar la planta del lugar. Una
vez que se ha ascendido la colina y se ha
entrado en las calles que constituyen por su
reunión el distrito, no es fácil darse cuenta de
la forma definitiva que ellas imprimen al
plano general. Dichas calles son angostas
y retorcidas en diferentes sentidos; cortean al-
gunas la barranca; espiran otras dulcemente
en el plano inclinado al Nordeste de la coli-
na, y todas ellas ofrecen un trayecto abreviado
y caprichoso. Hacia el centro de la población
hay una plazuela, y en ella los comienzos de
una capilla, que deberá ser iglesia parro-
quial. Las casas están aparruscadas, y son
frías y estrechas; pero provistas de numerosas
tiendas, para el sostenimiento del tráfico diario,
que no carece de actividad relativa -

El modo de vivir en estas casa-tien-
das, parece un poco enfado, sobre todo, si se con-
sideran su estrechez y el calor propio del cli-

ma; sin embargo, no hay que exagerar. Los ma-
ñanos y las noches son bastante frescos y el
cuerpo no se siente enteramente mal bajo
la influencia de los agentes exteriores. El mé-
todo de vida que se lleva en el hogar y fue-
ra de él, parece reglamentado un poco a lo dia-
bla y en contravención flagrante en los prin-
cipios de la higiene. El abuso de los licores des-
tilados; el laboreo de las minas; una alimentación
de ordinario muy pesada; el consumo frecuente
de las conservas acitoras que, de pésima ca-
lidad, se traen de la Costa; la permanencia
larga en las escanadas bajas y húmedas; las
noches pasadas al raso en divertimientos mal-
sanos, y otras causas distintas, numerosas en
verdad, producen la serie de enfermedades pecu-
liares a la comarca, tan temidas por los asi-
benos o habitantes del Centro del Estado, pero tan
buscadas por ellos, cuando se trata de mejorar
de condición pecuniaria -

El paisaje de Re-
medio, contemplado durante los mañanos
claros y las tardes despejadas, desde la cié-
na misma que sirve de oriente al lugar,
es positivamente abierto, estenso, enorme y bello
sobre toda ponderación. Los lados de Oriente y
Noroeste, sobre todo, son diáfanos, limpios y
tan prolongados, que bien pudiera decirse, la
vista alcanza hasta donde comienza ese inenju-
gado que la mente adorna con fantásticos é in-
numerables misterios. La luz inunda todo el
horizonte, como un océano en donde reverberan mi-
llones de millones de hebras de oro. Por una ilu-
sión de óptica de dulzura y placeres admi-
rables, todos los lugares distantes se alcanzan
a divisar al través de aquel medio tan

crystalino como si fuesen aumentados por los poderosos lentes de un excelente anteojo. Todo lo que se ve en el panorama que se ofrece desde la cima del cerro ~~de las Tetas~~ ^{Tetudo}, mirando hacia el Levante y hacia el Norte, se percibe de Remedios, más cercano, más independiente y más desprendido de toda complicación.

El paisaje es ciertamente muy hermoso; pero las plagas esparcidas extra e intra muros constituyen el todo malo del negocio.

Chinches en las camas sanguiñarias como una bomba de ventosas; escorpiones con siete nudos, rubios, negros, grises, blanquecinos, repelentes, pironeros e inmóviles en todos aspectos; lasillas en los campos, punzantes como saetas y fatigosas por el escoror que causan, como la compañía de un necio; larvas que se depositan bajo la piel y desenvuelven arqueros gusanos; serpientes que se horpisan en las calles y que suelen saludar de vez en cuando a los patrones o transeuntes con un mordisco traidor; y, punto más grave e innoble aún, la visita de un tigre no sólo durante la noche sino aun en las clarísimas horas del día. He aquí el cuadro -

Remedios ha sido siempre y es ahora, más que en cualquier otro tiempo, un hervidero de transeuntes buscadores de la buena suerte, y como tal una población destinada por la fatalidad a muy lentos y pereosos adelantos. No viene el hombre por estos lados en busca de hogar y de familia: viene en busca de oro; muchos quisieron venir, pocos pretenden quedarse; es una hospedería, no es una Ciudad; hay vecinos, no hay ciudadanos; se tiene amor por el filón metalífero, se desprecia el

67
tenuno; se vive de paso; se evitan las rela-
ciones. El cariño de la localidad, el amor por
las cosas, el afecto por el agua que se fo-
ma, por el aire que se respira, por la arbo-
lesa que se contempla, por el horizonte que
se ve, por la casa que abriga, por el humo
del hogar, por la piedra de la calle, por
el gaulo que canta a la hora del alba, y
por esas mil pequeñeces, en fin, que ligan a
la patria y que forman ese instinto sagrado,
ese fuego santo que nos apega a la tierra
en que nacimos, nada de eso hay ni puede
haber en Remedios, sino para un cortísimo nú-
mero de personas. Los forasteros ni comprenden
ni deben comprender la fuerza natural de tales
condiciones. El territorio no es suficientemente po-
bre para ser desdenado, ni suficientemente ri-
co y próspero como California, para ser adop-
tado voluntariamente por patria.

La altura del sitio sobre
el nivel del mar es de 715 metros: su tem-
peratura media 23: 8°, su población 2394 h. La
gente se divide bastante por acá, sobre todo du-
rante el tiempo consagrado a algunas festi-
vidades. Además de los entretenimientos comunes
a los otros pueblos del Estado de Antioquia, hay
algunos que son exclusivos y característicos y a
los cuales se entrega especialmente la parte que
queda de la población primitiva, con una devo-
ción y entusiasmo extraordinario. Hemos oído ha-
blar y aun hemos visto algo de sus danzas
particulares. El Congobeco y el Mapaté son
bailes en que hembras y varones ponen todos
sus cinco sentidos. Se dan a ellos por toda
una noche y aun por muchas seguidas; los
acompañan con una música grotesca, capaa

de romper el temprano de mejor oído, pero que para los danzantes debe de estar llena de encanto y de dulzura. Por el lado de Tierrabonito, paraje vecino a la población, tienen una gran caja o tambor que conducen todos los años, durante ciertas solemnidades al poblado. El tiempo que dura el paseo triunfal de esta caja es de nueve a diez días, y por ley es preciso que desde la hora de salida hasta la de vuelta después de la correría, esta música sea tocada de día y de noche sin cesar. El ruido debe de ser monótono, pesado y mortificante para todo el que no sea cómplice de tal costumbre. A esta primera música suele agregarse el silvato de cañas o capador y la gaita, sin falta alguna. Parece que la gaita tenga un sonido más agradable, más dulce y más aceptable, aunque melancólico en supremo grado, como su compañero el yaravi -

Al compás de las tocatas mencionadas y casi siempre en la mitad de la calle, con velas en la mano, formados en dos filas, las mujeres en la una y los hombres en la otra, prorumpen en sus danzas de un estilo seco uniforme y sin complicación, pero que a veces se convierten en zarabanda un si es no es picantes, voluptuosas y tentadoras. No entramos a describir las variaciones que haya entre el mapati, el congobeo, el carra-lao etc. etc., porque nuestra erudición en la materia no alcanza para tanto; pero sí vamos a notar por referencias, que en todas esas diversiones campea con frecuencia un bravo sentimiento de galantería y que las mujeres obtienen a veces triunfos espléndidos de rendi-

mente, en consideración y preferencia. En esos
bailes tenidos durante la noche, los hombres
van con ellas encendidas, las ofrendan á
las mujeres y aquella que más velas se-
ñale es la más feliz y la triunfadora en la
función. Todo eso debe tener su significación
particular que, francamente, no comprendimos.

Además de los personajes
que en el Nordeste tienen, como se dice, el
cuerpo cerrado, ó que, en otros términos, son
ayudados, sea por pacto diabólico ó, lo que
puede á ser lo mismo, por la posesión exclu-
siva de los profundos secretos de la ma-
gia, hay que hablar también de otra
circunstancia muy importante que po-
dríamos llamar ligadura. Este asunto es
ya referente á las mujeres -

Se ha establecido
la creencia de que los forasteros, especial-
mente los del Centro del Estado que llegan
á Remedios, no euduen á salir de allí ni
tornan á sus casas, por el inflajo secreto
de algunas maniobras de las mujeres, que
los clavan para siempre en el lugar y los
retienen perdurablemente á su lado, sin que
puedan seguir tan funesto destino.

En términos generales,
puede decirse que las mujeres no son ni
bellas ni feas en cualquiera parte del
mundo en que se las considere, sino de una
manera relativa. La bella botentota, no se-
ría tal en los Estados Unidos de América,
y la bella americana del Norte no lo
sería en la China. Lo que sí es un país
más fuerte y más pronunciado es el genio par-
ticular de las mujeres en ciertos puntos del

globo. La erickia de la America del Sur, merecdo acaso a la mezcla de su sangre, al babilismo de castas, tiene sin duda alguna un fluido eléctrico chispeante y comburente a la vez que amenaza con el incendio de la pasion. Las Remedianas probablemente no estari excluidas de esta regla, y es muy posible que peones y aventureros caigan de vez en cuando en sus redes y queden presos en ellas. Pero no es tal la explicacion que de ordinario se da al fenomeno. El vulgo dice que algunas de estas mujeres enchanican, engañan, engatusan, fascinan y abruman a sus amantes hasta un punto tal, que mas que personas quedan hechos cosas, juguetes, automatás de que aquellas disponen a su albedrio y que someten a sus caprichos y veleidades. No negamos, ni podemos negar que ciertas hembras, ya por su sola cuenta, ya en colaboracion con los brujos de que antes hablamos, pongan en practica el empleo de amuletos, drogas, especificos, poiones, licores, menfuzes y otros diablos mas para amartelar y rendir a los hombres. Ademas, esto es reciproco. Tales practicas no carecen de peligro y su aplicacion o administracion va erizada con frecuencia del funesto cortejo de operaciones que constituyen el crimen, en pequena y grande escala. El chamico (*Datura Stramonium*), la Jorja, la Belladona (*Atropa Belladona*), y otros simples mas, gozan de propiedades narcoticas, irritantes, estuprefactivas, acas &c., y a su uso sigue, algunos acas la muerte, y la demencia en oraciones.

El amor puro, frivolo, domi-

nante, describe muy comunmente y en claridad el asunto verdadero de estos ligaderos. Esa es cuestión de todos los días y de todos los lugares—

Hay otra cosa más trivial, más sencilla y más poderosa, que bien considerada, da cuenta exacta de los ligados del Nordeste. Entre esa multitud de sujetos que andan por acá en busca de trabajo, o' bien únicamente como profesores de holgaranería, hay muchos que permanecen por algún tiempo y se relacionan más o' menos honestamente en el país. Sujetos á las causas comunes de enfermedad, atrapan alguna de las diversas dolencias que por acá se engendran, el truntun con preferencia á cualquiera otra. Cuando uno de esos infelices enfermos, con el mal avanzado y demorado suficientemente pretende regresar á su hogar, sale de cualquiera de estos puntos, anda un poco, pretende subir una cuesta se fatiga y emprende bien pronto de que sus fuerzas le traicionan. Los oídos chillan y rumban, los temporales golpean y retumban como tiros de cañón, el corazón palpita y amenaza romper el pecho, la respiración es difícil y agonizante, las piernas tiemblan y el cuerpo entero, rebeldándose contra toda obediencia, triunfa de la voluntad. Este hombre vuelve caras, entra en la población, se queda por impotencia y se aquí con "hombre ligado"

